

2.1

ESTUDIO DEL PATRIMONIO CULTURAL

| | | |
|--------|---|----|
| 2.1.1. | QUÉ ES LA HUERTA DE VALENCIA | 21 |
| 2.1.2. | LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE LAS HUERTAS VALENCIANAS | 24 |
| 2.1.3. | UNA HUERTA DE PAISAJE CAMBIANTE A LO LARGO DE LOS SIGLOS | 27 |
| 2.1.4. | CÓMO ENTENDER LA ORGANIZACIÓN ESPACIAL DE LA HUERTA DE VALENCIA | 29 |
| | LA MORFOLOGÍA DE LA RED DE ACEQUIAS DE LA HUERTA | 30 |
| | LA RED DE POBLAMIENTO: PUEBLOS Y ALQUERÍAS | 38 |
| | LAS REDES DE COMUNICACIÓN: CAMINOS HISTÓRICOS | 39 |
| 2.1.5. | INVENTARIO DE PAISAJES Y ELEMENTOS PATRIMONIALES DE LA HUERTA DE VALENCIA | 41 |

2.1.1. QUÉ ES LA HUERTA DE VALENCIA

El término huerta es un concepto de ámbito universal utilizado en diversas partes del mundo de influencia hispánica, en Europa y América, para designar un peculiar paisaje irrigado basado en unos criterios concretos de organización social y de reparto del agua que tiene como base unos derechos colectivos sobre ella así como su distribución proporcional entre los regantes. Pero bien es cierto que dicho paisaje tiene su partida de nacimiento en el mundo Mediterráneo y es que sus orígenes se pueden remontar a las tradiciones en el uso del agua por parte de las sociedades del Próximo Oriente. No obstante, la huerta como paisaje irrigado específico tiene su concreción histórica en la génesis de los espacios hidráulicos creados por la sociedad musulmana medieval, que fueron difundidos de este a oeste por la cuenca mediterránea a causa de la expansión árabe hacia occidente hasta llegar al Magreb y al-Andalus.

Posteriormente este paisaje concreto fue heredado en el caso de nuestro país, por la sociedad feudal desde la conquista de Valencia en el siglo XIII. La larga historia de más de mil años de estos espacios irrigados ha llegado a nuestro mundo contemporáneo después de generar un paisaje histórico de larga duración pero que vio a su vez importantes cambios internos en cuanto a la realidad social con la que se organizaba, bien en tiempo andalusí, bien en tiempos feudales o bien en la sociedad contemporánea. También puede afirmarse que nuestra generación, heredera de este patrimonio secular, va a ser la protagonista y testimonio directo de su desaparición casi general.

De entre las huertas históricas valencianas sin duda la de la ciudad de Valencia es la más importante, compleja y significativa de todas ellas, tanto por su antigüedad –su origen islámico medieval hace más de mil años–, como por la concentración de comunidades de regantes en su escenario –doce comunas de diferentes características y competencias–, así como por la concentración de ocho sistemas hidráulicos organizados: los siete que forman parte del Tribunal de las Aguas de Valencia (acequias de Rovella, Favara, Mislata-Xirivella, Quart-Benàger-Faitanar, Tormos,

Rascanya y Mestalla) y la Real Acequia de Montcada, a los que cabe añadir las competencias municipales de la capital sobre el espacio llamado de “Francos y marjales”, las cuales se remontan al siglo XIV.

Además, esta Huerta de Valencia es un paisaje agrario que ha sido objeto de una intensiva utilización durante siglos y siglos hasta nuestra época presente, razón por la cual en su escenario paisajístico han ido acumulándose todas las modificaciones y cambios que se han ido sucediendo en nuestra historia en cuanto a la organización social del riego y en las mismas estructuras materiales del regadío. A lo largo del tiempo los musulmanes, la sociedad feudal bajo-medieval, la monarquía absoluta, la revolución burguesa del siglo XIX y el crecimiento capitalista del XX han ido dejando su huella en este paisaje concreto, y es posible, con paciencia, ir levantando las capas que han dejado y llegar a leer esta huerta de Valencia como un auténtico palimpsesto de la memoria de los valencianos.

Una primera precisión que conviene aclarar es la de qué estamos hablando cuando hablamos de la Huerta de Valencia. Por un lado hemos de recordar que “horta” es el nombre popular que damos a las tierras de regadío tradicionales, frecuentemente con un valor sobreentendido de que dichos ámbitos agrícolas tienen una larga historia a sus espaldas y que su organización es bien antiguo, de “tiempo de los moros” como suele afirmarse en nuestra sociedad cuando se quiere decir que algo es muy antiguo. Esto es, sin mayores conocimientos históricos, existe esa conciencia de que nuestras huertas tienen sus orígenes en una época anterior a la conquista de Valencia por Jaime I en el siglo XIII.

De hecho esta idea generalista presente en la sociedad, y sin duda confusa sobre su contenido, puede ser un buen instrumento para entender la diferencia fundamental entre el regadío y la huerta o huertas, porque el primer término hace referencia a todo espacio agrícola dotado de un método de distribución del agua, mientras que huerta es un concepto histórico concreto, definible y reconocible

que corresponde a un modelo de regadío que se creó en un período histórico concreto, el medieval. Es por ello que debemos hablar de huertas históricas valencianas, las cuales tan sólo son una parte del total del regadío que ha llegado a nuestros días, diferenciado de los que corresponden a las transformaciones contemporáneas, por ejemplo los regadíos de pantanos, los abundantes pozos del último siglo, por no hablar del actual procedimiento del goteo.

En un segundo nivel podemos tener en cuenta

que, desde la época bajo-medieval, en la sociedad valenciana no sólo se ha utilizado el término “horta”, sino más bien el de “horta de...”, con un sentido geográfico concreto y también un sentido toponímico particular. Así, tradicionalmente se ha hablado de la huerta de un pueblo o ciudad concreta: la huerta de Valencia, la de Játiva, la de Gandía o cualquier otra, atribuyéndole un espacio delimitado por el perímetro de riego de sus acequias y caracterizado por la conjunción de dichas acequias, los lugares de poblamiento y el conjunto de parcelas de cultivo.

Esta realidad de las huertas locales continúa



FIGURA 2.1-1: Vista de la ciudad de Valencia hacia 1563.
 Autor: Anthonie van den Wijngaerde

claramente vigente y viva en la mayoría de pueblos y ciudades valencianas, pero no cabe duda que ha sido en el caso de la ciudad de Valencia donde dicho concepto se ha elevado casi a la de una categoría definida. La huerta de Valencia, formada por la suma de las acequias que nacen del río Turia y parte de ella gobernada por el Tribunal de las Aguas y otra parte por la Acequia de Montcada, es la Huerta de Valencia, con mayúsculas, sin duda convertida en símbolo identificativo de nuestra sociedad. De hecho es tal el éxito de este concepto que la idea de huerta se ha extendido fuera de su territorio original, englobando para la mayoría de la gente los términos municipales de su entorno, desde la zona de Sagunto al norte hasta la Albufera al sur. Se trata por tanto de su extensión a toda una comarca, la de l'Horta, que incluso ha tenido su reflejo administrativo contemporáneo en la división comarcal entre Horta-nord y Horta-sud.

Pero como acabamos de explicar, no toda la comarca es la huerta histórica de Valencia, de la misma manera que no todo regadío es una huerta histórica. Estrictamente y hablando de una forma correcta, **la Huerta de Valencia es el territorio delimitado por los perímetros máximos de las acequias de origen islámico medieval que captaban el agua en el distrito del término de Valencia**. Esto es, los siete sistemas hidráulicos que han formado parte desde hace siglos del Tribunal de las Aguas, más la Real Acequia de Moncada. Este es el espacio que también ha sido conocido durante siglos como **la Vega de Valencia**, heredando un nombre también de origen islámico que ha sobrevivido en otras ciudades españolas, caso de la Vega de Granada.

Junto a estas acequias organizadas también hay que incluir en la Huerta histórica de Valencia unos perímetros más pequeños y que desde hace siglos reciben el nombre de **"Francs i marjals"**. Desde la misma época de Jaime I no todas las tierras situadas alrededor de la capital valenciana quedaron incluidas en una de sus comunidades de regantes miembros del Tribunal de las Aguas, sino que han existido durante siglos una serie de zonas complementarias de riego en los márgenes de los sistemas hidráulicos

básicos, situadas en las zonas más cercanas a la orilla del mar y nutridas por fuentes, "ullals" e incluso a pequeña escala por norias. La mayor parte de ellos fueron quedando desde el siglo XIV bajo el control de la entidad citada de Francos y Marjals como una competencia más del Consejo Municipal o Ayuntamiento de Valencia en época contemporánea. La mayor parte de ellos corresponden a los situados en la zona entre la ciudad y la Albufera, en parte vertebrados por la llamada acequia del Rey y otras similares caso del comú de Montperot o la séquia del Ribàs, pero que tuvieron su gran ampliación sobre todo a partir de los grandes aterramientos desde el siglo XVIII, los cuales se extendieron también a los pueblos vecinos como Alfafar, Massanassa y Catarroja.

Parte de estos nuevos regadíos-arrozales fueron reunificados a mitad del siglo XIX en una nueva acequia desde el Turia, la conocida como Acequia del Oro, y que tenía su origen en la parte más baja del río, ya hacia el puerto y concretamente en un azud que estaba al lado del actual Oceanográfico de Valencia. En otros casos los arrozales se incorporaron a la acequia de Favara en fechas tan recientes como la década de 1970.

En el caso de la Real Acequia de Montcada también se ha dado este proceso de integración de las zonas de extremas durante la década de 1960 aproximadamente. Durante siglos el perímetro máximo regado por esta acequia recibió el nombre de "Jovedat" y estaba claramente separado, en la zona situada al norte del barranco del Carraixet, de la franja costera llamada "extremas", que antiguamente y aún puntualmente hoy en día fueron y son marjales. Este espacio junto al mar, que empezaba en el término de Meliana como una banda estrecha y se iba ampliando en triángulo hacia el norte, de tal manera que en término de El Puig y Puçol era mayor la zona situada entre los pueblos y el mar que no pertenecía al riego de la comuna de Montcada que el que quedaba dentro, y dicho espacio era beneficiado y regado por los sobrantes pero también por los abundantes ullals, fuentes y escorrentías de la zona.

Una cosa parecida pero de menor entidad pasó al norte de la ciudad ya que también existían riegos de fuentes y escorrentías en Benimaclet, caso de la Font de la Murta, y en la zona de la acequia de Vera, en el límite septentrional del término municipal de Valencia, así como en el vecino de Alboraiá (riegos de Masquefa, Calvet y otros), donde la parte más cerca del mar tan sólo se incorporó a la acequia de Rascanya a mitad del siglo XX.

Por contra no forman parte de esta Huerta de Valencia en su sentido histórico todas las tierras de regadío, básicamente naranjales, que se han creado a lo largo del último siglo con la expansión de las nuevas técnicas de regadío desde finales del siglo XIX. Gracias al recurso a nuevas fuentes de energía caso de los motores movidos primero con vapor –las chimeneas de la huerta–, y desde la primera década del 1900 poco a poco también por electricidad, y también con la construcción de los pantanos del río Turia, durante la última centuria los campos de naranjos se han ido extendiendo a cotas cada vez más altas por los términos vecinos de Godella, Montcada, Torrent o Picanya.

Otra cuestión que conviene aclarar es que si bien identificamos ocho sistemas hidráulicos que conforman la Huerta de Valencia, en realidad su organización social es más compleja. Esto es, que hay más comunidades de regantes que sistemas porque algunas de ellas comparten una misma infraestructura material en parte de su trazado. Así, en la margen izquierda del río el panorama es sencillo: cuatro acequias y cuatro comunidades (Montcada, Tormos, Rascanya y Mestalla), pero en cambio en la margen derecha la situación es bien compleja. Cuatro sistemas hidráulicos también pero siete comunidades de regantes: Rovella, Favara, Mislata, Xirivella, Quart, Benàger-Faitanar, el Comuner d'Aldaia y el Comuner de Manises. Estas cuatro últimas comparten un mismo sistema hidráulico (la acequia de Quart-Benàger-Faitanar), mientras que Mislata y Xirivella comparten la acequia de Mislata. Además los dos Comuners tradicionalmente no han formado parte del Tribunal de las Aguas de Valencia y la comuna



FIGURA 2.1-2: La red de riego, origen de la Huerta.
Autor: Enric Guinot

de Xirivella no tiene asiento directo en dicho tribunal que se reúne los jueves a mediodía aunque sí asiste contemporáneamente a las deliberaciones posteriores de los síndicos en la casa-vestuario.

Asimismo hay que explicar otra cuestión significativa y es que, aunque la ciudad de Valencia tiene un significativo protagonismo en cuanto al espacio de la Huerta que vertebran en su término municipal, paralelamente existe una larga lista de municipios del área metropolitana que también forman parte de la huerta histórica que forma parte del Tribunal de las Aguas de Valencia. Así, en la parte norte del Turia, además de la ciudad de Valencia con sus pedanías de Benimàmet, Borbotó y Carpesa, también son huerta histórica todo o parte de los términos municipales de Paterna, Burjassot, Godella, Tavernes Blanques, Alboraiá y Almàssera. Por su parte, en la zona sur de dicha Vega se encuentran tierras del citado término municipal de Valencia con sus pedanías de Castellar, Oliverar, Forn d'Alcedo y La Torre, así como todo o parte de los municipios de Manises, Quart de Poblet, Aldaia, Alaquàs, Torrent, Picanya, Mislata, Xirivella, Paiporta, Benetússer, Sedaví, Alfafar, Lloc Nou de la Corona, Massanassa, Catarroja y Albal.

A todo ello cabe añadir las tierras regadas por la Real Acequia de Montcada, las cuales se extienden por los términos municipales de la ciudad de Valencia con sus pedanías de Benimàmet, Beniferri, Borbotó, Massarrojos, Benifaraig, Carpesa, Cases de Bàrcena, Mahuella i Tauladella, Rafalell i Vistabella, y por los municipios de Paterna, Quart de Poblet, Burjassot, Rocafort, Godella, Montcada, Alfara del Patriarca, Foios, Vinalesa, Meliana, Almàssera, Bonrepòs i Mirambell, Albalat dels Sorells, Albuixec, Museros, Massalfassar, Massamagrell, El Puig, Rafelbunyol, la Poble de Farnals y Puçol.

Todo ello quiere decir que, cuando hablamos de la Huerta de Valencia, estamos hablando en realidad de un territorio bastante complejo desde muy diversos puntos de vista y análisis, si bien es evidente el peso y protagonismo que ha tenido históricamente la capital valenciana y que, de hecho, aún tiene, pues

varias de las acequias históricas del Tribunal de las Aguas tienen todo el perímetro de riego que les queda dentro de su término municipal, caso de la de Rovella o la de Mestalla.

En cuanto a la superficie que corresponde a la Huerta de Valencia a través de la suma de las extensiones regadas por cada una de los ocho sistemas hidráulicos que la vertebran, durante siglos, desde la época bajomedieval, mantuvieron unas superficies totales bastante estables más allá de pequeñas fluctuaciones. En realidad los cambios más importantes se han producido durante los siglos XIX y XX, fruto de dos movimientos opuestos. Por un lado, la integración en algunas de las comunas de las zonas periféricas de marjales, los extremales que hemos citado, lo cual se ha dado en el caso concreto de Mestalla en el siglo XVIII, de Rascanya a finales del XIX, y de Montcada, Favara y de nuevo Rascanya en las décadas centrales del siglo XX.

Así pues, fue en la primera mitad de este último siglo cuando se ha alcanzado la mayor extensión territorial de la huerta de Valencia organizada en sus comunidades históricas, pero al mismo tiempo es cuando se fue incrementando el proceso contrario de desaparición de huerta a medida que el proceso urbanizador se desarrollaba. Como es bien conocido, durante dicha primera mitad del siglo los recortes a la superficie de la Huerta de Valencia aún fueron limitados, pero a partir de la década de 1950 el proceso ha ido creciendo de forma imparable y, además, acelerándose hasta el momento presente.

Para tener una idea de la evolución de la Huerta de Valencia en el último siglo y medio aproximadamente se puede consultar el cuadro siguiente, medido en hectáreas, separando en algunos casos lo que es huerta histórica de los extremales, y con el tanto por cien que queda hoy en día de las superficies de cada una de las ocho acequias más la zona de Francos y Marjales de la ciudad. [Ver cuadro]

TABLA 2.1-1: SUPERFICIES DE REGADÍO DE LAS ACEQUIAS DEL TRIBUNAL, LA ACEQUIA DE MONTACA Y FRANCOS Y MARJALES DESDE 1863 HASTA LA ACTUALIDAD. Fuente: Enric Guinot

| ACEQUIAS | 1863 | 1950-71 | 2004 | % actual |
|-------------------------------|-----------------|--|---|------------|
| Huerta-Norte | | | | |
| Mestalla | 1.159 Ha | 997 Ha | 118 Ha | 10% |
| Rascanya | 784 Ha | 1260 Ha | 755 Ha | 60% |
| Tormos | 913 Ha | 990 Ha | 550 Ha | 55% |
| Huerta-Sur | | | | |
| Rovella | 516 Ha | 300 Ha | 110 Ha | 21% |
| Favara | 1.586 Ha | 882+900 Ha | 320+850 Ha | 20%-65% |
| Mislata | 849 Ha | 570 H | 48+84 Ha | 15% |
| Quart-Benàger-Faitanar | 1.543 Ha | 1.413 Ha | 820 Ha | 53% |
| Total Huerta histórica | 7.350 Ha | 7.312 Ha (5.822+1490 de antiguos extremales) | 2.805 Ha+850 arrozales de Favara | 38% |
| Montcada | 3.910 Ha | 7.126 Ha (3.910+3.216) | 5.210 Ha | 73% |
| Franco y marjales | 1.900 Ha | 550 Ha | 527 Ha | 29% |

2.1.2. LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE LAS HUERTAS VALENCIANAS

En cuanto a los orígenes de los sistemas de riego valencianos, un primer apartado a tener en cuenta es que esta cuestión ha sido motivo de interés y debate desde hace mucho tiempo entre historiadores, geógrafos pero también eruditos y cronistas clásicos. En general y según el momento histórico, el predominio de unas u otras visiones ideológicas del pasado ha inclinado las interpretaciones hacia diversas épocas históricas en cuanto a su génesis, pero también ha contribuido a generar entre parte de los estudiosos una imagen de continuidad, de paisaje agrario básicamente estable en su conformación social más allá de las modificaciones de dimensiones y extensión de los canales y de la tierra regada.

Sobre la primera cuestión, actualmente resulta ya inadmisibles la continuidad del argumento sobre unos míticos orígenes de nuestras huertas que se remontaría a épocas premedievales, al periodo romano o incluso a época ibérica como en ocasiones se ha llegado a plantear. Un punto de partida comprensible de esto es el entender la diferencia entre regadío y huertas, ya que la conducción de agua a unos campos cultivados para mejorar su rendimiento productivo no es un patrimonio peculiar de ninguna sociedad mundial a partir del Neolítico, y más en aquello que conocemos como cuenca Mediterránea atendiendo a sus características climatológicas. Pero ahora no hablamos de regar sino de cómo se ha captado, repartido y usado el agua a través de la historia, esto es, hablamos de la construcción social del regadío, y aquí sí tenemos claramente diversas construcciones sociales del riego a lo largo de la historia y de la geografía.

Las necesidades sociales de acceso al agua no son una mera variable cuantitativa: regar más tierra para producir más alimentos, sino que hacen referencia al modelo de relaciones sociales imperantes en cada una de las sociedades que han hecho uso de la misma. Y no es lo mismo la sociedad romana, que la musulmana, que la feudal, que la contemporánea producto de la revolución burguesa porque en cada una de ellas han sido diferentes sectores sociales los participantes en las decisiones sobre la organización

de la propiedad de la tierra, del acceso al agua, de los procesos de trabajo, las estructuras de poblamiento o de la forma de organización de las estructuras familiares entre otras cuestiones.

Es por eso que en la cuenca Mediterránea desde hace más de dos mil años podemos hablar de regadío, el cual ha dejado en nuestro país diversos rastros y testimonios materiales como puede ser la localización arqueológica de balsas de época ibérica y de canales de agua e incluso algunos acueductos de época romana, abandonados, enterrados o a veces tan visibles e impresionantes como el de la Peña Cortada en Chelva o los Arcos de Estivella, en la Acequia Mayor de Sagunto. La función primera de todos ellos es similar a lo largo de los siglos y sistemas sociales, capturar agua, almacenarla y conducirla para los destinatarios, y por eso podría hablarse en su caso de un regadío romano, islámico, feudal y burgués-contemporáneo, pero lo que no son idénticos son los paisajes sociales del regadío, los cuales tiene identidad propia en cada uno de los modelos de sociedad que han existido, en cada una de las formaciones sociales de la Historia.

En consecuencia se puede afirmar que los sistemas hidráulicos que han generado cada una de estas sociedades y los paisajes del regadío correspondientes presentan diferencias sociales tanto en su realidad material –diseño del territorio, construcción del paisaje, ordenación de los canales, usos de los partidores, construcción de los casales de molinos– como en su organización y relaciones con el resto de la sociedad y el Estado. Es por todo ello que se hace indispensable el construir una verdadera historia social del regadío mediterráneo y más en concreto del valenciano, mediante un doble acercamiento metodológico: por un lado, la indispensable búsqueda a nivel material –arqueología extensiva e intensiva del territorio irrigado–, y por otro la búsqueda simultánea de tipos documentales-archivísticos, posible e indispensable a partir del siglo XIII.

A partir de estos planteamientos conceptuales sobre la historia del regadío es como podemos empezar a

entender mejor qué son las huertas mediterráneas valencianas que han llegado a nuestros días. A pesar de que en diversas comarcas se han localizado testimonios materiales de canales de irrigación romanos como acabamos de citar, las huertas valencianas son un paisaje concreto del regadío generado y construido a partir de la Alta Edad Media (el siglo VIII) por la nueva sociedad andalusí creada en tiempos del Emirato Omeya a partir de la llegada de los musulmanes a la Península Ibérica. Posteriormente dichas huertas fueron heredadas, reconstruidas socialmente y ampliadas materialmente en algunos casos por la sociedad feudal que conquistó el Sharq al-Andalus a mitad del siglo XIII. Pero su historia no acaba aquí ya que la consolidación de las Monarquías Absolutas durante la época Moderna introdujo algunos cambios en el funcionamiento social de dichas huertas, pero fue sobre todo la Revolución Burguesa del siglo XIX la que dio paso a un nuevo tiempo caracterizado por la difusión del minifundismo y la creación de una verdadera huerta de participación más democrática y popular al calor del mercado.

Así pues, sólo para orientar un poco más los grandes periodos históricos del paisaje de nuestras huertas queremos hacer una breve cronología temática dividida en tres grandes épocas: las huertas andalusíes (siglos VIII-XIII), las huertas feudales (XIII-XIX) y las huertas burguesas (XIX-XX).

LAS HUERTAS ANDALUSÍES MEDIEVALES

La sociedad musulmana fue la creadora de una parte muy mayoritaria de las huertas valencianas actuales, pero no de todas como es sabido. El proceso de colonización iniciado por árabes, sirios, egipcios y beréberes a partir del siglo VIII comportó la construcción sucesiva a lo largo de los siglos andalusíes (VIII-XII) de una mayoritaria parte de ellas al menos en número, con una característica fundamental y peculiar.

El modelo clánico de organización social de todos estos grupos humanos comportó una forma concreta de diseño colectivo de los espacios hidráulicos basado en el reparto proporcional y equitativo del agua entre los grupos usuarios, con una organización coherente de los espacios de residencia y los espacios de trabajo, tal y como ha explicado claramente Miquel Barceló. Por eso, según el número de grupos clánicos concordantes en la construcción de la huerta-sistema hidráulico y las posibilidades de caudal de agua captada, se diseñaron huertas de diversas dimensiones, desde las pequeñas de ladera y aterrazadas hasta las complejas huertas de las planas aluviales vecinas de los principales núcleos urbanos andalusíes y que podían llegar a reunir varios sistemas hidráulicos.

En todos los casos, por tanto, puede hablarse de una concreta construcción social del paisaje irrigado –las huertas– basado en la sucesión de huertas propias de cada una de las alquerías representativas de una unidad de poblamiento, normalmente alineadas y encadenadas de una manera u otra a lo largo del canal principal o acequia mayor. Evidentemente quedan muchas cuestiones por aclarar, como la diversa cronología de cada uno de los sistemas hidráulicos andalusíes, o la presión ejercida sobre ellos desde la ciudad y el Estado a partir del siglo XI, pero el modelo, en general, se mantuvo.

LAS HUERTAS FEUDALES

La conquista feudal heredó materialmente estos sistemas hidráulicos andalusíes de la misma manera que se apropió de casas y bienes de los musulmanes expulsados durante el siglo XIII, pero la expresión común de muchos documentos de la época que hablan de una aparente continuidad estricta de las infraestructuras y cultura del agua “com en temps de sarrains”, no debería engañarnos. La conquista representó una evidente transformación social en el control y gestión del agua, cosa que quedó reflejada no sólo en la organización de las comunidades de regantes sino incluso en aspectos concretos e importantes de la ordenación física de las huertas, tanto en los espacios de residencia como en los espacios de trabajo especialmente visibles en el caso de las grandes huertas periurbanas.

Aun con todo esto la conquista feudal del doscientos implicó una diferente evolución de unas y otras huertas andalusíes porque en aquellos lugares donde continuaron viviendo únicamente mudéjares los cambios, aparentemente, fueron pequeños. Por otra parte desde el mismo tiempo de Jaime I y durante los siglos posteriores –si bien siempre en el marco de la sociedad feudal hasta principios del siglo XIX–, se inició la construcción de algunos grandes sistemas hidráulicos comenzando por la Acequia Real de Alzira y la Acequia Mayor de Vila-real. En cambio no es cierto que se ampliaran otros grandes sistemas como se ha afirmado en ocasiones; en 1239 la Real Acequia de Moncada ya llegaba a Puçol, y la acequia de Favara a Catarroja-Albal, y también existían y estaban en funcionamiento ya en tiempos andalusíes las acequias de Castellón y Almassora.

Los siglos posteriores, con el crecimiento demográfico y agrícola de finales del XV-XVI y las reordenaciones de población del siglo XVII asistieron a la construcción o reordenación de otros grandes sistemas valencianos especialmente en la Ribera, caso de las acequias de Sueca y Cullera, la Real Acequia de Escalona o la de

Corbera, pero también los primeros pantanos al sur del país como Tibi, Elche, etc. Hasta llegar a la gran obra de finales del XVIII que representó, ya en el escenario político-social del Despotismo Ilustrado pero aún en un marco de sociedad feudal, la construcción de la segunda parte o sección de la Acequia real de Alzira, convertida después en la Acequia Real del Júcar.

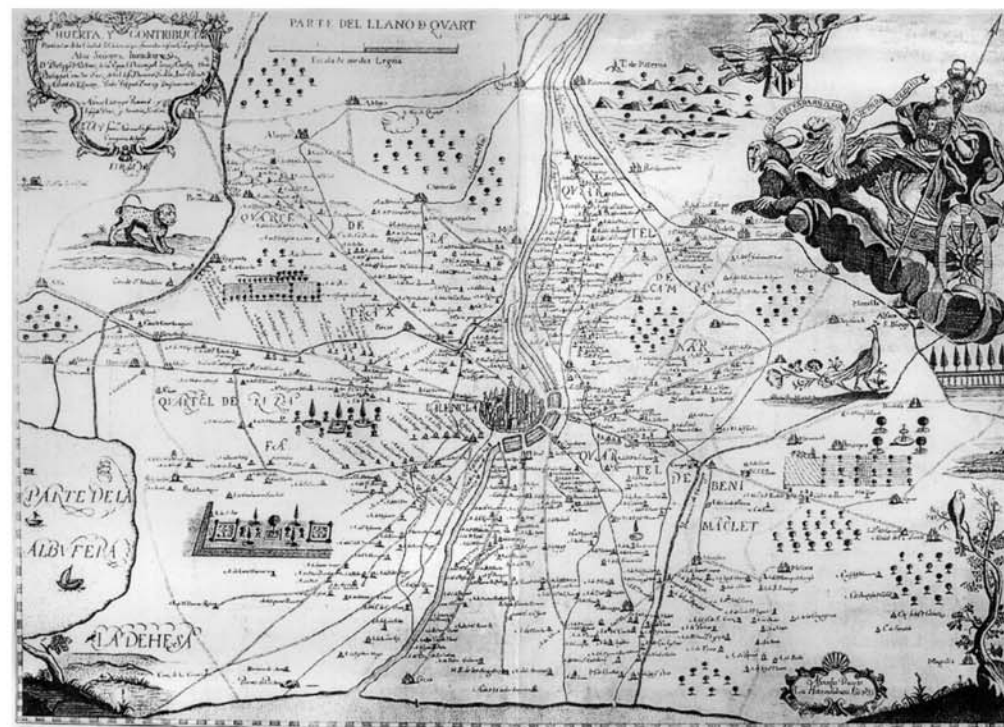


FIGURA 2.1- 3: Mapa de la Huerta y contribución particular de Valencia. 1695.
 Autor: Antonio Casaus, Ascensio Duarte.

LAS HUERTAS BURGUESAS

Sin duda un tercer tiempo en la historia de las huertas valencianas se inició con la dinámica política de la Revolución Burguesa durante la primera mitad del siglo XIX, la cual comportó transformaciones directas e indirectas de las huertas en todos los sentidos. Desde la alteración profunda en las formas de propiedad de la tierra, desaparición de las grandes propiedades señoriales y finalmente, la eclosión de un pequeño campesinado propietario, a la fragmentación extrema de los parcelarios pasando por el cambio en los cultivos hacia una agricultura mucho más claramente comercializable, cosa que implicaba a menudo una mayor demanda de agua, y acabando con la difusión del naranjo durante el siglo XX en muchas de esta antiguas huertas medievales.

Evidentemente este último siglo también ha sido el de mayor impacto sobre estas huertas históricas, por una parte por diluirlas en una generalización del paisaje del regadío desde la eclosión de los pozos, motores e incluso pantanos, pero sobre todo por la regresión de su extensión superficial y los cambios en la vida agrícola tradicional en el marco del imparable proceso de urbanización que se ha producido y que, además, se está acelerando ahora mismo.

Así pues parece necesario en base a esta aproximación histórica al análisis y comprensión de las huertas valencianas el empezar a revisar en buena medida el mismo concepto de clasificaciones hechas a partir de cuestiones meramente geográficas, especialmente las referidas a su extensión. Hablar de macrosistemas, mesosistemas y microsistemas como se ha hecho en los últimos años puede permitir una caracterización formal que apunta a la existencia de diferenciaciones entre ellas pero realmente no permite una explicación social de la razón del diseño de las huertas y de la existencia de diversas formaciones sociales en la historia, con lo cual se refuerza una imagen "atemporal" y cuantitativa de los sistemas hidráulicos.

Es por ello que debemos insistir en esta idea de la sucesión de huertas históricas en una misma huerta física porque más de mil años de historia, al menos en muchas de ellas, no pasan en balde. Esto no es motivo para que, efectivamente, no sea razonable y necesario constatar la existencia de sistemas hidráulicos de diferente complejidad desde época andalusí y, en consecuencia, diferentes tipos de huerta. No es lo mismo una pequeña huerta de ladera de montaña –en la costa o en el interior- que regaba unas pocas hectáreas para una única comunidad campesina, que las cadenas de huertas en los laterales de los valles fluviales del país, o la acumulación de diversos sistemas hidráulicos en las planas aluviales y, generalmente, al lado de los núcleos urbanos más grandes. Pero al mismo tiempo hay que constatar que todas ellas presentan unas bases sociales de organización y de influencia en el paisaje concreto de cada una de las épocas históricas que son similares básicamente.

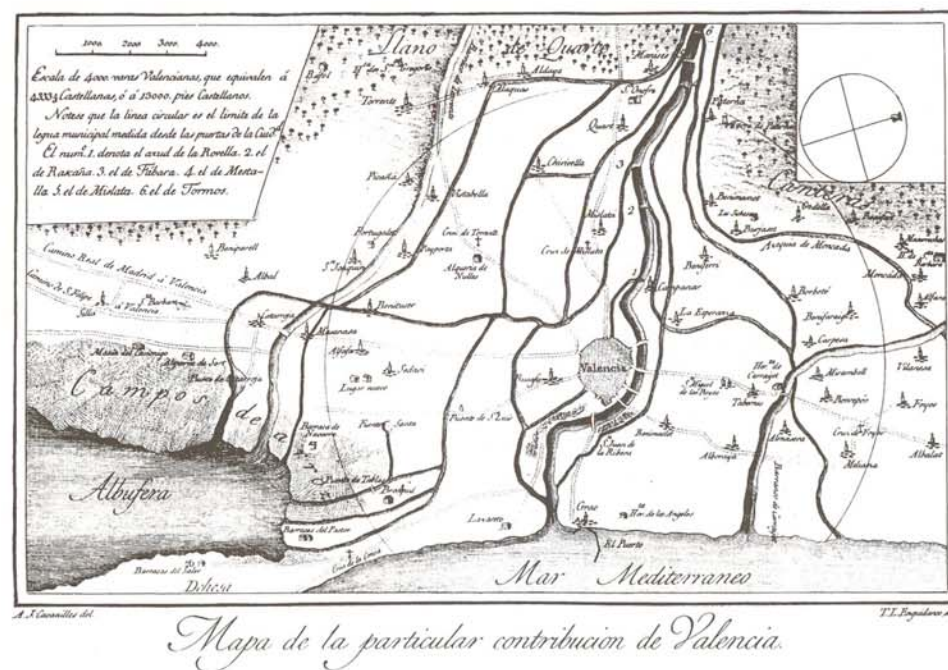


FIGURA 2.1- 4: "Mapa de la particular contribución de Valencia" pag. 129 de CAVANILLES, ANTONIO JOSÉ [1795]; Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura y frutos del Reyno de Valencia. Imprenta Real, Madrid.

2.1.3. UNA HUERTA DE PAISAJE CAMBIANTE A LO LARGO DE LOS SIGLOS

No cabe duda que la existencia de las redes de acequias de las huertas históricas valencianas ha sido un factor decisivo en la vertebración de su paisaje agrario a lo largo del tiempo. Sus trazados se han convertido en el símbolo pero también en la realidad de un entorno modelado por la domesticación del agua y la generación de una agricultura intensiva muy productiva desde sus orígenes en época islámica, hace alrededor de mil años. Un paisaje que, inicialmente, debió ser más de huertas individuales alrededor de las sucesivas alquerías que se habían fundado a lo largo del recorrido de cada una de las acequias, para pasar en una segunda época a la densificación de las parcelas regadas entre dichos lugares de poblamiento y con ello llegar a recubrir con una red de canales de regadío todos los espacios entre ellos, tal como es la imagen de los últimos siglos y la actual.

La disponibilidad de agua para abastecer las cosechas permitía aprovechar las ventajas naturales del territorio evitando el principal problema del clima mediterráneo: la gran irregularidad en las lluvias, por un lado, pero también la creación de los sistemas hidráulicos era el mecanismo indispensable para poder crear en este occidente del mundo musulmán medieval un modelo de agricultura de origen indio y basado en la diversidad de hortalizas junto a cereales de verano. Esto es, el conjunto técnico agrícola trasladado al Sharq al-Andalus en el marco de las migraciones árabes y beréberes fue la *fil ha hindiyya* ("agricultura hindú"), proveniente del norte de la India (con añadidos persas) y formado sobre todo por cultivos de clima monzónico, el crecimiento de los cuales es posible por la coincidencia de las lluvias con la estación cálida.

Aun cuando estos cultígenos constituían una novedad en el ámbito mediterráneo, especialmente algunas hortalizas de gran aceptación posterior como la berenjena, las espinacas, la alcachofa, el pepino o la sandía, el factor realmente significativo, más incluso que la ampliación de las especies cultivadas, fue la creación de una nueva estación agrícola en el verano. La reproducción de los cultígenos transportados a los ambientes mediterráneos, dominados por la

sequía estival, exigió el despliegue de técnicas de irrigación adecuadas para recrear artificialmente las condiciones de crecimiento, pero la introducción de un regadío controlado durante los meses cálidos tuvo un alcance más importante que esto: la constitución de un nuevo ecosistema agrario que integraba las especies esclerófilas preexistentes en ciclos anuales intensos y compactos. La intensificación se muestra particularmente llamativa en el caso de los cereales, puesto que en el verano los granos irrigados como el sorgo y el panizo (*Triticum panicum*), tomaban el relevo de los clásicos cereales de invierno (trigo y cebada).

Pero no hay que olvidar que este nuevo panorama agrícola en el origen de las huertas estuvo acompañado de otro componente de carácter tecnológico y formado por los dispositivos de riego y las normas de distribución del agua, tal como ha planteado el profesor T. F. Glick. Este componente se había desarrollado de forma decisiva a partir de la incorporación de las técnicas hidráulicas pre-islámicas del Próximo Oriente y el norte de África, que originalmente no se integraban en el ciclo intensificado que comportaba la irrigación estival. Al fin y al cabo imponía unas restricciones evidentes a la hora de seleccionar los espacios centrales del nuevo ecosistema agrario. La proximidad de la captación hídrica era determinante para crear espacios irrigados, sin duda, pero la constitución de los suelos de cultivo adecuados también planteaba criterios de selección.

Como es lógico este paisaje del agua de las huertas valencianas no ha sido el de una fotografía fija a lo largo de los siglos sino que el impulso social, la necesidad de buscar los mejores recursos productivos y los mayores beneficios posibles por parte de sus labradores, pero de forma aún más decisiva los cambios en el modelo de relaciones sociales entre el mundo islámico, la sociedad feudal, y el mundo contemporáneo ha llevado a sucesivas transformaciones en el paisaje agrario de las huertas que se han reflejado entre otras cosas en el predominio visual y económico a diferentes cultivos en cada época concreta.

A partir de la conquista feudal del siglo XIII y los repartimientos de tierras en la gran mayoría de las huertas valencianas llevados a cabo por Jaime o los oficiales reales, se produjo un cambio profundo en su paisaje agrario. Así, se pasó a un dominio general de los campos abiertos, con pocas barreras visuales en forma de árboles. En el regadío se plantaba sobre todo trigo y cebada, los dos cereales más importantes para garantizar la harina y el pan que alimentaba mayoritariamente, a la población uno y a los animales el otro. Esto quiere decir que muchas parcelas estaban ocupadas desde la época de la plantación en invierno, hasta la siega de la cosecha alrededor de la fiesta de San Juan de junio, pasando por la primavera cuando crecía el grano y proporcionaba una imagen de alfombra verde a los campos próximos a las poblaciones. En cambio, desde julio hasta primeros del año siguiente una parte mayoritaria de los campos estaba vacía, a lo que se debería añadir las parcelas que se habían dejado sin cultivo de forma rotativa para cumplir un cierto barbecho y permitirles descansar. Tan sólo se solía aprovechar el verano para plantar algunas verduras para el consumo familiar y alfalfa para el ganado.

Sin duda cuesta imaginar hoy en día las huertas que quedan en el entorno de las principales ciudades como un paisaje desnudo y de perspectiva extensa, pero éste ha sido el tradicional durante siglos. Para ello no era obstáculo la gran difusión de las viñas por la huerta, también regadas en diversos momentos del verano para garantizar el volumen de la uva o salvar la cosecha si era un período de sequía. En la documentación bajomedieval es usual encontrar una notable presencia de viñas en la zona de Benimaclet, entre Benicalap y Burjassot, y también en la zona de Patraix y hacia Xirivella, pero en realidad se las podía encontrar por todas las partidas pues era un cultivo de consumo familiar para hacer vino casero o vender a algunos taberneros.

En cambio no era normal la existencia de campos de frutales pues no existía un mercado importante para ellos por los deficientes medios de transporte de la época. Por ello era muy usual que los árboles

frutales se encontrasen situados en los márgenes de los campos y en las orillas de las acequias. Su variedad era grande y derivaba de la tradición de la Valencia musulmana, siendo comunes en su mayoría con los frutales habituales de nuestra época: cerezos, melocotoneros, albaricoqueros, perales, manzanos, membrillos, granados, nogales..., junto a otros hoy en día bastante más invisibles como el "ginjoler". Un nivel aparte representan las higueras y las palmeras, sobre todo las primeras. La tradición del consumo de sus frutos secos también es de época islámica (junto con las pasas), y especialmente las higueras fueron un elemento arbóreo de gran porte usual junto a las viviendas dispersas entre las parcelas de cultivo.

Una de las peculiaridades agrícolas de época bajomedieval fue la presencia del cultivo del arroz en las partes más bajas de la Huerta, al sur de Russafa y en los pueblos regados por la acequia de Favara, y también junto a los extremos de la Acequia de Montcada. En las décadas finales del siglo XIV y principios del XV su plantación se convirtió en motivo de graves enfrentamientos entre defensores y opositores a su cultivo. El arroz presentaba evidentes ventajas agrícolas: era un cereal que podía ser comercializado hacia el exterior, que implicaba menor cantidad de trabajo anual y, en cambio, producía unos rendimientos por hectárea bastante superiores a cualquiera de los otros cultivos tradicionales, y, en última instancia, era un alimento útil para las familias que lo cultivaban si los precios del mercado no eran demasiado favorables. En su contra, se planteó una clara culpabilidad de ser el causante de las enfermedades infecciosas, el paludismo, llamado popularmente las tercianas, el cual era asociado en aquellos años a las periódicas epidemias de peste que azotaban toda Europa. El resultado fue la marginación del cultivo del arroz y relegar su contribución a definir el paisaje agrario de la huerta hasta bien entrado el siglo XVIII.

En todo caso y con el paso a la época moderna, a partir del siglo XVI y hasta el XIX, este paisaje agrario se vio transformado profundamente por diversas cuestiones. Por un lado, la llegada de nuevos

productos procedentes de América, algunos de ellos tan básicos en la dieta alimentaria valenciana que parecería que han existido siempre: es el caso de los tomates, los pimientos, las patatas o el maíz. En todo caso, su introducción en el paisaje se fue produciendo lentamente y con un carácter reducido pues tampoco fue habitual su comercialización por las dificultades de conservación y transporte. Por ello las parcelas dedicadas a la "verdura" representaban un espacio situado en las inmediaciones de los núcleos urbanos, muchas veces en los llamados huertos, cerrados con pequeñas vallas, para diferenciarlos de la huerta abierta y con pocas señales de separación entre unas parcelas y otras.

El segundo cambio notable a partir del siglo XVI fue la extensión del cultivo de las moreras. Al calor de la demanda de seda para la manufactura textil valenciana, por toda la Huerta de Valencia se produjo un auge de la plantación de este árbol para alimentar con sus hojas durante la primavera a los gusanos de seda, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XVII cuando la bajada del precio del trigo permitió que pudiera ser importado y dedicar los campos a productos más rentables. Con el importe de la venta de la hoja de las moreras, los capullos o la seda hilada, los cultivadores podían completar cualquier posible déficit en la cosecha propia de cereales, comprando los granos necesarios en las coyunturas adversas, obtener el dinero imprescindible para cumplir con las obligaciones crediticias contraídas, pagar el arrendamiento de la tierra o las tributaciones estatal y municipal.

Pero además de las notables repercusiones económicas en la vida cotidiana de las familias de labradores y en los propietarios urbanos de parcelas cedidas en arrendamiento, la plantación masiva de estos árboles en las huertas e incluso su monocultivo en muchas parcelas conllevó un importantísimo cambio en el paisaje agrícola valenciano. Al tratarse de arbolado, la huerta del entorno de la ciudad de Valencia se cerró en su perspectiva dominante, dando la imagen de una tierra mucho más fértil y con un uso más prolongado a lo largo del año, pues los

árboles permanecían verdes desde la primavera hasta casi diciembre, justo la época en que anteriormente los campos habían quedado vacíos por la siega del trigo.

El tercer elemento que modificó el paisaje general de la huerta de la ciudad fue la proliferación del cultivo del cáñamo para la elaboración de cuerdas, sogas y velas. Su mayor apogeo se produjo en los siglos XVIII y XIX, cuando esta producción abastecía a la Marina Real española. El paisaje de su huerta mostraba en estos siglos un gran número de alquerías diseminadas por los campos, con balsas para macerar el cáñamo y el lino.

En cambio la última gran revolución del paisaje agrario de las huertas valencianas que tiene lugar desde mediados del siglo XIX, cuando se fue extendiendo de forma progresiva la plantación de naranjos. Sus inicios fueron lentos y ligados en buena medida a la comarca de La Ribera, si bien desde finales del 1800 los naranjales se fueron extendiendo a otras huertas, caso de la Plana de Castellón. En cambio tuvo un impacto muchísimo menor en el paisaje agrario de la Huerta de Valencia. A diferencia de la mayoría de poblaciones valencianas, aunque también fue desapareciendo desde principios del siglo XX el cultivo de cereales panificables, no se produjo la invasión de los naranjales sino que se extendió de forma muy general el cultivo de todo tipo de hortalizas y del arroz en las zonas más bajas.

Aquí ha sido éste el paisaje dominante hasta hoy mismo, lo que no impide la presencia alternativa de campos de naranjos entre los mayoritarios de verduras, y un evidente predominio de los naranjales en la zona más occidental de la Vega, términos de Alaquàs, Picanya, Aldaia o Quart, pero también en Paterna, pero sobre todo en la parte más septentrional de la Huerta, en el regadío de la acequia de Montcada a partir de Vinalesa, Foios, Albalat dels Sorells y ya muy general en Massamagrell, El Puig y Puçol.

Aunque hablando del paisaje de hoy en día quizá lo que más le caracteriza es la densidad de las construcciones, la presencia de las casas dispersas

-alquerías de labradores a veces-, pero también naves industriales y todo tipo de edificaciones duras. Esto es especialmente evidente en los espacios más inmediatos a la ciudad de Valencia, en los términos de Benimaclet y el Racó de Sant Llorenç, y en el término de Alboraya. Al sur, en la zona de Rovella y la carrera d'En Corts, y en las pedanías de La Torre y Forn d'Alcedo especialmente.

También ha sido característico de las transformaciones del paisaje en el siglo XX el hecho de que, antes las mayores necesidades de agua para el cultivo a lo largo del año, todas las huertas vieran su paisaje salpicado por la presencia de los primeros motores para extraer el agua de la capa freática. A finales del siglo XIX y principios del XX dichos motores fueron movidos con vapor, lo que difundió durante unas décadas un curioso perfil de chimeneas aparentemente industriales entre los campos de naranjos valencianos. Ello no obsta para que, paralelamente, proliferasen las pequeñas norias de tracción animal en las zonas más bajas donde la capa freática estaba más cerca de la superficie.

Junto a este recorrido histórico por los paisajes agrarios de las huertas debe hacerse una referencia a la vegetación natural de la zona, escasa y limitada a los márgenes y lechos de los barrancos y acequias y en los pequeños espacios de marjal que quedan al norte de la Huerta, entre Albuixec y Puçol. La humedad constante o las aguas retenidas por los azudes permitían el desarrollo de las adelfas (baladre), de colores blanco y rosa, el cañizo o carrizo (canyís o senill) y los cañaverales (canyars) que, a menudo, son la referencia más nítida del trazado de las acequias, puesto que servían para reforzar sus cajeros de tierra y evitar la erosión. Además, las cañas han tenido múltiples aplicaciones en la huerta, con la construcción de "galeres" para soportar los cultivos de tomates, judías y otras hortalizas, o su utilización para varear los algarrobos y olivos y recoger sus frutos, como también para la elaboración de cañizos utilizados bajo las tejas de las cubiertas de las casas.

2.1.4. CÓMO ENTENDER LA ORGANIZACIÓN ESPACIAL DE LA HUERTA DE VALENCIA

El territorio de la huerta de Valencia y que ha sido regado históricamente por las diversas acequias del Tribunal de las Aguas y la Real Acequia de Montcada se extiende por las dos riberas del río Turia, con una forma general vagamente rectangular entre el piedemonte de Paterna-Burjassot hasta Puçol por el norte, y el de Torrent-Alaquàs al sur, por un lado, y el mar (y la Albufera) por el otro. Por su parte, los límites septentrional y meridional son un poco más confusos geográficamente hablando pues el final de la Acequia de Montcada, en la séquia de la Ratlla, es el que separa la Huerta y término foral de la ciudad del de su vecina Sagunt, sin que ello signifique ningún hito orográfico. Y lo mismo pasa al sur, donde el final del riego en Albal, y por tanto de la Vega de Valencia, enlaza físicamente con el de la Real Acequia del Júcar.

En todo caso y a lo largo de los siglos este espacio natural ha sido construido por los labradores que lo han puesto en valor, primero en época musulmana y después desde época feudal medieval hasta nuestros días, a través de varios ámbitos de ordenación territorial. A vista de pájaro, esta ordenación y construcción del espacio de la huerta de Valencia ha estado marcada por tres variables fundamentales:

- a) **la red de acequias**, especialmente los grandes canales de las acequias madres que han vertebrado las líneas de organización del parcelario.
- b) **la localización de los lugares de poblamiento**, que bien podía ser concentrado o disperso, pueblos o alquerías-barracas.
- c) **la red viaria** formada por los ejes viarios hacia el exterior –los caminos reales– y los que comunicaban entre sí los diversos puntos de población de la huerta.

Estos tres aspectos son los que han dibujado y construido durante siglos el paisaje antropizado de la huerta, estableciendo una compleja interrelación entre ellos que se mantuvo con pocas variaciones durante más de de ocho siglos de historia. Tan

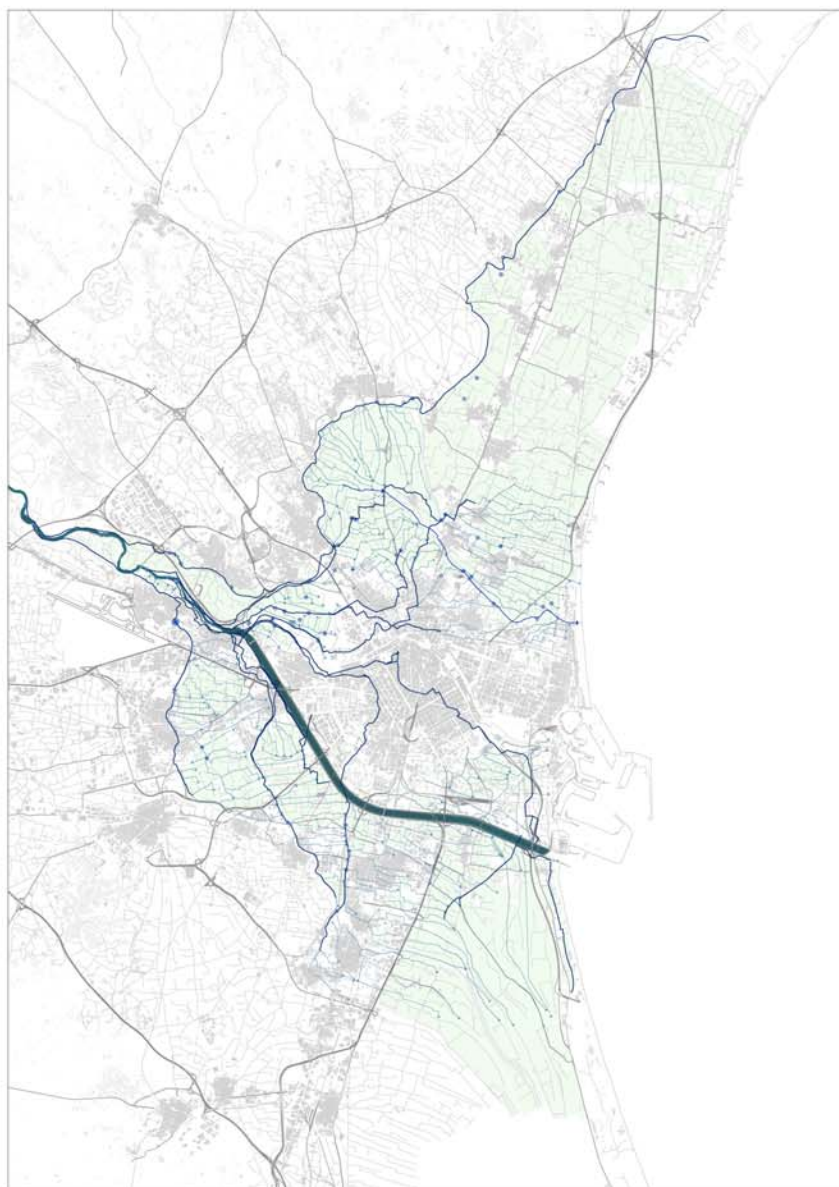
sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX las cosas empezaron a cambiar, primero lentamente, y de forma acelerada a partir de mitad del siglo XX, sin que hoy en día hayan acabado estos cambios. No cabe duda que en la época contemporánea han sido y son las nuevas carreteras, las autovías y las grandes líneas de ferrocarril las que marcan y definen el territorio a gran escala, así como la conurbación que poco a poco se está produciendo, juntándose los núcleos urbanos unos con otros, tal como pasa entre la Poble de Farnals y Massamagrell, Albalat dels Sorells y Foios o, en el caso de Valencia, los barrios de Benimàmet y Benicalap con Burjassot, o el caso del barrio de Benimaclet, y ahora casi también de Orriols con las primeras edificaciones de Alboraiá. En la Huerta sur sucede lo mismo, caso de la confluencia de núcleos urbanos entre Paiporta, La Torre, Forn d'Alcedo, Sedaví y Benetússer en la parte sur, o el continuum urbano entre Alfafar, Sedaví, Benetússer, y Massanassa.

Pero como decíamos, estas transformaciones son modernas porque durante siglos la Huerta de Valencia se caracterizó por una densidad baja de núcleos de población, en general de limitadas dimensiones humanas hasta el siglo XIX, y también por una cierta importancia del poblamiento disperso, de las casas o barracas unifamiliares en las mismas parcelas de cultivo. Igualmente se caracterizaba por la existencia de una red de comunicaciones basada en no llega a diez caminos de diferente importancia pero que tenían en común de forma bastante mayoritaria su carácter radial desde el núcleo de la antigua ciudad medieval, así como el gran eje norte sur de los caminos reales a Sagunt y Xàtiva, cada uno de ellos con derivaciones laterales perpendiculares.

También conviene fijarse en que la red de las grandes acequias de la Huerta de Valencia presenta a vista de pájaro una estructura organizativa diferente a la de los grandes ejes viarios pues en buena medida vienen a ser perpendiculares unos con otros. La red de las grandes acequias tiene una forma dominante en abánico que se abre al norte y el sur del eje central del río Turia, desde la zona de Manises como

vértice oeste hasta su mayor despliegue junto al mar, quedando en el centro el núcleo urbano antiguo de la ciudad. La dirección dominante de las acequias es de oeste a este, si bien se van abriendo como hemos dicho hacia el noreste y el sudeste según a que lado del río se encuentren. A su vez cada uno de los grandes canales o acequias madre se ramifica cada vez más en nuevos brazos que se van partiendo a su vez, adoptando en dicha vista de pájaro una imagen claramente arborescente, la cual ha sido comparada también algunas veces con un sistema fluvial deltáico aunque no existe relación con este sistema natural de aporte de limos y renovación del terreno; tan sólo existe una coincidencia formal entre ellos.

Por otro lado y como es bien conocido, una parte de la especial configuración del poblamiento y la red de caminos de la Huerta tiene un origen bastante antiguo. Es evidente que las comarcas de l'Horta-nord y l'Horta-sud estuvieron ocupadas, organizadas, cultivadas y pobladas en época Romana, pero también hay que recordar que durante la alta Edad Media, entre los siglos V y IX aproximadamente, se produjo un colapso y abandono bastante general tanto del núcleo urbano de Valencia –reflejado en los restos arqueológicos de la zona de la Almoina, al lado de la catedral–, como del modelo de ocupación del territorio de su entorno. Por ello se puede afirmar que fue la nueva sociedad musulmana la que volvió a ocupar, diseñar y ordenar este espacio de la huerta de Valencia, así como el resto de las huertas históricas valencianas, y fueron los musulmanes los que crearon este nuevo paisaje histórico rural: el de los grandes sistemas hidráulicos de la Huerta de Valencia, el cual es el que ha sobrevivido hasta casi nuestra época.

**leyenda**

-  edificación
-  carreteras
-  ferrocarril
-  hidrografía
-  acequias madre
-  brazos principales
-  regadío histórico vega del turia

Proyecto

**PLAN DE ACCIÓN TERRITORIAL DE PROTECCIÓN
DE LA HUERTA DE VALENCIA**

Plano

[2.1_1] RED HIDRÁULICA HISTÓRICA

0 m 3000 m 9000 m 15000 m



E. 1/150.000

**LA MORFOLOGÍA DE LA RED DE ACEQUIAS
DE LA HUERTA**

Los sistemas hidráulicos de origen andalusí de las huertas valencianas, morfológicamente hablando, están basados en la sucesión y/o alternancia de una serie de elementos materiales que tienen como misión captar el agua del río o fuente, transportarla durante un tramo por un canal principal para ganar cota y hacerla llegar a los campos, y una serie de partidores de diverso tipo y funciones, que permiten ir asignando el agua concreta a cada una de las zonas de riego y, en última instancia, llegar a la parcela individual.

Así pues, la localización exacta de los partidores y puntos de derivación del agua y más en concreto la identificación de aquellos partidores corribles o siempre abiertos –las lenguas– de aquellos otros que se abrían y cerraban según la demanda de agua, complementado por la ubicación tanto de los molinos hidráulicos como de las paradas o quadrats para regar las zonas altas –els alters–, se convierte en un instrumento indispensable para poder identificar de forma muy detallada las funciones hidráulicas de los diversos tramos de la acequia –zona de

circulación, zona de distribución, zonas de riego, pero especialmente la identificación de los puntos de distribución de agua –los partidores–, relacionándolos con los brazos secundarios que ya hacen función de riego y los sus respectivos perímetros y superficies regadas.

Según los planteamientos más recientes de la historiografía, en el diseño original del sistema en época andalusí cada uno de los brazos secundarios serían los que vertebrarían e identificarían los espacios de trabajo individualizados por la lógica social clánica de origen andalusí, la cual habría decidido la creación de los partidores y su localización en función de dotar de agua a cada una de las zonas de residencia a lo largo del canal –las alquerías clánicas– y permitir la creación de las respectivas huertas también individuales anexas a ellas.

Si bien la sociedad feudal del siglo XIII heredó una parte significativa de las estructuras materiales de estas acequias de las huertas, lo que no heredó fue su lógica social del diseño original andalusí, por lo cual el análisis morfológico puede permitir detectar las posteriores transformaciones y modificaciones, bien por cambios obligados por razones materiales, bien más a menudo por decisiones sociales en cuanto a los usos y gestión del agua disponible. Y es razonable considerar que estas decisiones sociales no eran las mismas en la sociedad andalusí que en la feudal medieval, que bajo la monarquía absoluta de época Moderna o bajo el Estado liberal burgués a partir del siglo XIX.

Así pues, todo análisis morfológico de estos sistemas hidráulicos habrá de tener en cuenta la existencia, ubicación, características materiales y posibles transformaciones de los siguientes elementos de arquitectura hidráulica: el azud, las almenaras, los partidores de lengua, los partidors corribles, los partidores no corribles o de paleta, los quadrats o paradas, y los molinos.

Analizando con cuidado todos estos elementos materiales es posible identificar una serie de tramos diferenciados por sus funciones en los canales de las

huertas, especialmente en las mas grandes, así como la existencia de perímetros de riego individualizados, contribuyendo a establecer una posible cronología entre ellos o al menos parte de ellos.

Además estas construcciones de la arquitectura del agua son indispensables para el funcionamiento del sistema de riego y por esa razón una parte importante de ellas pueden ser tan antiguas como las mismas acequias. Ello nos remonta a los momentos originales de diseño y construcción de los sistemas hidráulicos y, por tanto, a época islámica. Es cierto que no se conservan documentos escritos que constaten dicho momento de construcción de la obra primitiva, pero es una tónica a la que ya nos tiene acostumbrados el regadío histórico valenciano. No obstante, otras fuentes como la arqueología, ya sea por medio de análisis puntuales o espaciales, y los progresivos estudios comparativos de este tipo de regadíos permiten avanzar en la identificación y la descripción de los espacios originales de riego, asociados comúnmente a núcleos de población como ya se ha descrito anteriormente, así como sus diferentes fases de crecimiento y transformación hasta llegar a la saturación completa de toda una huerta. Por otro lado, la documentación escrita empieza a ser más usual a partir del siglo XIII, y son los testimonios de los conquistadores cristianos los que nos informan por primera vez de la realidad física existente en diversas huertas y acequias, y, por tanto, de las construcciones que se encontraron ya en funcionamiento.

También es cierto que muchas de estas edificaciones han sufrido, por el uso continuo, periódicas reparaciones o mejoras que, a veces, han quedado registradas sobre el papel o el pergamino, o, en otros casos, es posible documentarlas mediante el trabajo arqueológico. Es por esto que con la conjunción de trabajo documental de archivo y trabajo arqueológico, los historiadores podemos intentar aclarar el proceso y la lógica de construcción de los sistemas hidráulicos a través de la identificación y evaluación de los elementos de arquitectura hidráulica que lo componen porque, podrán cambiar los materiales e incluso las formas, pero la funcionalidad de esta arquitectura

hidráulica es la misma con el paso de los siglos y ello nos ayuda a comprender la historia y funcionamiento de las acequias y las huertas históricas valencianas.

LA CAPTACIÓN Y LA REGULACIÓN DEL AGUA: AZUDES, "GOLES" Y ALMENARAS

Los sistemas hidráulicos que derivan de un río o corriente fluvial tal como pasó en las grandes huertas medievales valencianas, tienen su origen siempre en un azud o presa situado en su cauce. Un azud es una construcción totalmente artificial realizada sobre un curso de agua corriente con el objetivo de parar la corriente y derivar lateralmente todo o parte de su caudal para destinarlo a diferentes usos. En los sistemas hidráulicos este elemento se corresponde con el punto de captación del agua, la cual se introduce total o parcialmente en una red de acequias de distribución. Como en tantos otros aspectos del vocabulario del regadío valenciano, el origen de la palabra también es árabe y quiere decir eso mismo, presa o parada.

En sus orígenes medievales la construcción de estos azudes fue bastante simple ya que se utilizaban ramas, maderas, cañas, piedras, hierba y tierra que conformaban una especie de barrera dispuesta de forma oblicua, a veces más perpendicular, al curso del río. Evidentemente se trataba de una estructura material de poca consistencia y necesitada de sucesivas reformas a lo largo del tiempo y más cuando se producían avenidas por las lluvias torrenciales de otoño o primavera. Con el paso de los siglos y más concretamente a partir de mitad del siglo XVI estas barreras artificiales se fueron convirtiendo en gruesos y sólidos muros construidos con masonería y sillares de grandes dimensiones. Además se fueron instalando mejoras técnicas como por ejemplo pequeños contrafuertes en forma de una gradería de escalones –las "escaletes" de la documentación–, que reforzaban la presa y suavizaba el impacto del agua al saltar la presa porque disminuía el efecto de erosión a los pies de ella.

Las dimensiones de estos azudes suelen variar bastante de unos lugares a otros si bien en general coinciden en tener poca altura y una considerable longitud. En el caso del río Turia no es extraño que

oscilen entre los 75 y los 90 m de forma transversal u oblicua al cauce del río, mientras que su anchura como barrera puede oscilar entre los 6 y los diez metros contando el conjunto de las escalinatas de sillería. Los primeros que tenemos documentados en piedra y argamasa son de mitad del siglo XVI o ya del XVII, pero ello no quiere decir que no han sido objeto de múltiples reparaciones con motivo de riadas importantes, por ejemplo la impactante para Valencia del año 1957.

Morfológicamente hablando en el extremo del azud, hacia donde se deriva la corriente de agua, siempre existe una construcción asociada e imprescindible llamada "gola", y que es la boca de entrada al canal. Tiene una forma de arcada, con uno o más ojos, y está dotada de compuertas. En el caso de la Vega de Valencia estas "goles" tienen dos arcos o bocas una al lado de la otra separadas por un tajamar de piedra situado en su centro y que parte la corriente de agua. La "gola" y su compuerta, antes de madera y ahora normalmente metálicas, son un punto clave de todo sistema hidráulico ya que se trata del elemento que regula el volumen y cantidad de agua retenida por el azud y desviada hacia la acequia madre.

Es por ello que se trata de enclaves que, desde época medieval, se construyeron de piedras, sillares y argamasa, independientemente de cómo fuera el azud. Generalmente aguantaban de forma razonable las riadas y tan sólo se veían afectados por la avalancha de arena y piedras que podían transportar y depositar, lo que llevaba más a su aterramiento que no a la destrucción. A pesar de ello las riadas a lo largo de los siglos han ido haciendo estragos y hoy en día prácticamente tan sólo se conservan los sillares de piedra más antiguos en la base de las construcciones y en los tajamares mientras que los arcos de las "golas" y donde se asienta la casa de compuertas están construidos con ladrillos, evidentemente a causa de su reconstrucción.

La amplitud y dimensiones de las compuertas de las "golas" eran decisivas para conseguir captar todo el caudal de agua necesario para regar las

tierras correspondientes. No obstante, en aquellos lugares donde había un reparto estipulado de los caudales de un mismo río compartido entre diferentes comunidades, como es el caso del Turia, era obligatorio el devolver al cauce fluvial el exceso de agua que desviaba el azud. Es por ello que, al lado de estas instalaciones, se ha construido en cada uno de ellos una gran compuerta o almenara la cual permite evacuar y regular los excedentes de agua que le corresponden a una acequia según los acuerdos pactados y, por ello, mantener el equilibrio de reparto del agua del río entre las diversas comunidades de regantes y poblaciones.

Estas construcciones siempre se han intentado proteger tanto de las riadas como de posibles manipulaciones en las compuertas por parte de los labradores, para la cual se construyeron casillas de obra, sobretodo a partir de la época Moderna. Las casas de compuertas empezaron por ser pequeñas construcciones para proteger dichos elementos pero con el paso del tiempo también se convirtieron en habitáculo para el acequero o guarda "assuter" que tenía que regular el caudal derivado hacia su acequia. Como elementos constructivos que sobresalen más del lecho fluvial, los envites de las riadas han sido impactantes en la mayoría de ellas y hoy en día suelen ser casetas del siglo XX.



FIGURA 2.1- 5: Braç de Sant Jordi (Favara). Horta Sud.
 Autor: Enric Guinot

LA CONDUCCIÓN DEL AGUA: ACEQUIAS, ACUEDUCTOS Y CANOS

La acequia es otro de los elementos materiales clave de todo sistema hidráulico. Su papel fundamental es conducir el agua desde su punto de captación hasta un lugar determinado –campos de cultivo, molinos, etc.–, por lo que, desde su inicio, una acequia está construida con un ligero desnivel que permite la circulación del agua por gravedad. Toda acequia tiene, por tanto, un límite de rigidez o cota de nivel por encima de la cual no podrá hacerse circular el líquido de forma natural. Esta cota de nivel es la que delimitará posteriormente la capacidad de transformación del sistema hidráulico al determinar, a lo largo de su recorrido, los espacios para la construcción de campos o la localización precisa de partidores, molinos y otras construcciones.

Las acequias constituyen el esqueleto básico y funcional que vertebra los sistemas de riego y permiten no sólo la canalización y conducción del agua sino que también la reglamentación de su uso social y su distribución. En este sentido, en el seno de un mismo sistema hidráulico hay que diferenciar diversos tipos de canal o acequia según sea el caudal de agua que transporten y su función en el reparto de ésta. En primer lugar se puede hablar de la acequia principal o “séquia mare”, la cual va perfilando el máximo perímetro posible de riego y adaptándose a los accidentes geográficos para ello. Estas acequias tienen como función predominante el conducir todo el caudal de agua que ha sido derivado por los azudes respectivos y que ha cruzado las correspondientes “goles”, ganando cota para permitir regar por gravedad la mayor superficie posible de terreno. Ello no obsta para que, aprovechando las irregularidades del terreno, se instale alguno o algunos molinos en este tramo, los cuales suelen ser de los más importantes por disponer del máximo caudal de agua del sistema, tal como pasa por ejemplo en la acequia madre de Montcada a su paso por Paterna y Benimàmet, o en la acequia de Favara a su paso por Mislata.

Un segundo tipo de canales es el correspondiente a

aquellas derivaciones que, tomador parte del caudal de una forma proporcional gracias a un partididor siempre abierto llamado “llengua”, tienen como función suministrar el agua correspondiente a toda una partida o zona concreta. Estas acequias han tenido nombres diversos según el momento histórico pero en general se han llamado “braços” y también “files”.

Finalmente y siguiendo una estructura ramificada, incluso arborescente en algunos casos, pero siempre de forma centrífuga respecto a la acequia madre y en dirección a los extremos del sistema hidráulico y siguiendo la pendiente, se encuentran los brazales y regadoras, de importancia secundaria en la jerarquía del sistema pero no por ello menos imprescindibles porque su función es la de llevar el agua a todos y cada uno de los campos y parcelas regables.

La circulación del agua por la red de acequias sigue un orden claramente preestablecido y es fruto de una reglamentación social precisa. Cada acequia, brazo o ramal tiene su función concreta, no azarosa, que permite la utilización de forma cohesionada de todo el conjunto del sistema hidráulico. Su uso conlleva implícito también unas obligaciones de conservación y limpieza que las comunidades de regantes se distribuyen de forma equitativa y proporcional al uso que hacen de la red de canales.

La construcción de las acequias se realizaba, tradicionalmente, excavando un canal en el mismo terreno sobre el cual discurrían, es decir, sus cajeros históricos siempre fueron de tierra. Además, las posteriores limpiezas –la “escura”– de estos canales permitían que se acumulasen los sedimentos extraídos sobre los márgenes o motas de las acequias, con lo cual éstas salían reforzadas en sus cajeros y era posible la circulación de personas por ellos. En algunos puntos concretos se reforzaban por su parte interna con paredes de mortero, sobre todo asociado a los puntos donde existían otras construcciones caso de los puentes de los caminos que las cruzaban, partidores de diversos tipos o tramos anteriores a un molino. Igualmente en lugares

conocidos por sus posibles rupturas atendiendo las dificultades orográficas, desde época medieval se construyeron pequeños tramos de cajero de mampostería y/o hormigón de cal, los cuales aparecen en la documentación con el nombre usual de “argamasses”.

En realidad no ha sido hasta la segunda mitad del siglo XX cuando se ha generalizado el revestimiento de estos cajeros con paredes de mortero, primero, y hormigón moderno después. Un proceso que se detecta a partir de la década de 1930 en algunos lugares, se ve paralizado por la guerra Civil y los duros años de posguerra, y que tan sólo a partir de mitad de la década de 1950 toma fuerza al menos para los cajeros de las acequias madre. En general, aunque a petición de las comunidades de regantes, los proyectos de hormigonado fueron llevados a cabo por la Confederación Hidrográfica del Júcar, extendiendo este tipo de obras hasta incluso la década de 1970 o incluso más tarde, caso del entubado de la acequia madre de Mestalla, en la Huerta de Valencia, llevado a cabo a mitad de la década de 1990. Conviene destacar que este tipo de obras han alterado notablemente la fisonomía de las acequias tradicionales, las cuales han perdido su característica gran amplitud, la forma de mota elevada de los laterales del cajero plantados de cañas, así como en muchos lugares también su tradicional recorrido serpenteante el cual ha sido rectificado a pequeña escala y convertido en tramos rectilíneos.

A parte de todo esto, en los casos de las grandes huertas periurbanas como la de Valencia cada vez mayor cantidad de tramos de estas acequias discurren ya de forma significativa por un trazado urbano lo que ha provocado su progresivo enterramiento bajo el asfalto o las casas. También en muchos lugares se han rectificado los trazados tradicionales al ser desviados los cajeros por las nuevas tramas urbanas de viales, tal como ha sucedido por ejemplo con un buen tramo de la acequia de Rascanya, en Valencia, entre Campanar y el entorno de la ciudad sanitaria “La Fe”. Es por ello que tan sólo en parte de sus trazados, al principio y al final de ellos, todavía se pueden ver

estas acequias madre o sus derivaciones principales circulando entre campos de cultivo y a cielo abierto, y resulta muy difícil encontrar todavía alguna de estas acequias madre con su trazado y características seculares. Esto es lo que convierte en excepcional el pequeño tramo de unos 600 metros que le queda a la acequia madre de Mislata, en Valencia, a su paso por el término municipal de Quart de Poblet, sobreviviente aislada y puntual de este tipo de trazados en tierra y bordeados de árboles de ribera. Actualmente esta abierto el expediente de declaración de este tramo como Bien de Interés Cultural (BIC) por parte de la Dirección General de Patrimonio de la Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana.

Otra circunstancia que ha de resaltarse del recorrido de las acequias es la de su adaptación a la orografía del terreno ya que ello ha comportado la realización de muchas otras construcciones adicionales para salvar determinados obstáculos o accidentes orográficos que se iban encontrando a su paso. Se trata de obras realizadas en superficie –caso de los acueductos– o bien bajo tierra –en el caso de los canos o sifones–, todos los cuales tienen generalmente como objetivo el salvar un desnivel en algún barranco.

El acueducto es una construcción arquitectónica que se utiliza para transportar el agua por gravedad de un punto a otro a través del vano de un accidente geográfico como hondonadas, depresiones o barrancos. Estas arquitecturas suelen destacar en el paisaje por los elementos constructivos que los componen, especialmente los arcos y pilares que sustentan la acequia o canal que circula por su parte superior, casi siempre de forma descubierta. La variedad de tipos es grande tanto en función de las necesidades topográficas como de los estilos arquitectónicos dominantes en cada época histórica en que fueron construidos o reconstruidos. Como es lógico son más usuales en las zonas montañosas que no tanto en las llanuras aluviales costeras pero algunos de los más grandes y significativos se encuentran justamente en estas últimas por tener que transportar mayores caudales de agua. Este es el caso de la impresionante construcción del acueducto

de “Els Arcs”, en el término municipal de Manises y perteneciente a la acequia madre de Quart-Benàger-Faitanar, de la Vega de Valencia, con una veintena de arcadas y una técnica constructiva que hace pensar en los primeros siglos de la época musulmana.

Pero sea cual sea su tamaño, en realidad los acueductos, aunque tan sólo tengan un vano, no dejan de ser obras de entidad y por ello distintos a los pequeños puentes para llevar agua y conocidos generalmente con el nombre de “canaletes”. No son extrañas estas construcciones sobre los cajeros de las acequias madre porque, para regar su entorno más inmediato no es posible elevar el agua desde dicho canal y por ello se utiliza la proveniente del sistema hidráulico o acequia situado a una cota más alta. Así por ejemplo, en el caso de la acequia de Tormos en la Huerta de Valencia, entre Benimàmet y Beniferri, ésta es cruzada en varios lugares por canaletas derivadas de la acequia de Montcada, o, en el entorno de Tavernes Blanques, son ramales finales de dicha acequia de Tormos los que a su vez cruzan por encima de la acequia madre de Rascanya para regar los campos situados a su lado.

Estas canaletas suelen ser de dimensiones reducidas, tres-cuatro metros de largo, por 30/40 cm. de ancho y hoy en día son de obra, de hormigón y ladrillo, si bien hasta no hace tantos años era bastante usuales las de madera. Ello no obsta para que se puedan encontrar auténticos puentecitos de obra dada la importancia de la acequia que pasa por arriba; por ejemplo existen dos de estas construcciones seguidas en la fila de Campanar de la acequia de Tormos, en Valencia. Dicha fila cruza primero sobre uno de estos pequeños puentes la acequia madre de Mestalla todavía en término municipal de Paterna; aunque Mestalla ha sido enterrada recientemente, el puente de la fila sigue cumpliendo su función aunque ya a nivel de tierra. Unos cientos de metros más abajo la misma fila vuelve a pasar por medio de otro pequeño puente sobre el brazo de Petra, a la orilla misma del camino de la partida de Dalt de Campanar y a pocos metros del molino dels Frares y del cauce viejo del río Turia.

En otros casos el recorrido de la acequia seguía fielmente la curva de nivel y, al llegar a un barranco, describía una pronunciada curva en su trazado aguas arriba de dicho accidente orográfico para seguir manteniendo la cota tal cual. En la Huerta de Valencia llama mucho la atención la silueta que dibujan las acequias de Mestalla y de Petra al norte de la población de Campanar, en el entorno actual del Palacio de Congresos de la avenida de las Cortes Valencianas de la ciudad de Valencia, para salvar en su momento lo que fue un antiguo barranco hoy en día casi imperceptible pero existente como desagüe de la zona entre Burjassot y Benimàmet en dirección al río Turia.

No obstante existían puntos donde la acequia cruzaba en perpendicular un barranco, ya fuese por su poca amplitud o por su encajonamiento con perfiles muy pronunciados. En estos casos igualmente se hacía transitar la acequia en perpendicular por el lecho del barranco, construyendo de obra un único margen, el situado aguas abajo, a manera de pequeña presa o mota que cruzaba de lado a lado el lecho y que servía de parapeto para conducir el agua hacia el otro extremo de la depresión; igualmente servía para recoger las aguas de vertidos y sobrantes que pudiesen circular por dicho barranco y así incrementar el caudal propio de la acequia. Así por ejemplo tenemos un ejemplo de la Huerta de Valencia en el caso de la acequia de Tormos cuando cruzaba el barranco de Godella o del Palmaret mediante una de estas motas que le permitía también recoger los sobrantes de la acequia dels Avenars, derivada de la de Montcada, en el entorno de la población de Carpesa. El moderno revestimiento con hormigón de todo el cajero de la acequia madre de Tormos desdibuja esta función histórica aunque en la práctica la seguía realizando hasta las actuales obras que se están haciendo de conducción del citado barranco.

Como hemos dicho antes y dado que este tipo de obras estaban sometidas a constantes rupturas y reparaciones, en algún caso excepcional y por la importancia de la acequia afectada finalmente los regantes decidieron invertir en una obra mucho más

sólida haciéndola pasar de forma subterránea por debajo del barranco por medio de un sifón o cano. La conducción a cielo abierto de la acequia se interrumpe bruscamente en un punto de la ladera del barranco para descender por debajo de su lecho y volver a emerger en el otro lado. El conjunto construido utiliza la técnica de los vasos comunicantes para la circulación del agua, aunque las galerías de bajada y subida suelen ser planos inclinados o ligeramente curvos, sin tramos verticales o de pozo. Este es el sistema utilizado por la Real Acequia de Montcada a su paso por el barranco del Carraixet entre los términos de Alfara del Patriarca y Vinalesa, el de la acequia de Rascanya para cruzar el mismo barranco en su brazo de Almàssera, o el de la acequia de Favara para pasar el barranco de Torrent entre las poblaciones de Massanassa y Catarroja.

EL REPARTO DEL AGUA: LENGUAS, ROLLS, PARTIDORES Y QUADRATS

El reparto del agua a través de la densa red de acequias de las huertas históricas valencianas se basa en la progresiva subdivisión y ramificación en brazales secundarios hasta llegar a los campos de cultivo, siguiendo un orden establecido por los usuarios a lo largo de los siglos. Cada acequia, brazo o ramal tiene su función concreta y le corresponde un caudal concreto o un tiempo de tanda, el cual, en principio, había de ser suficiente para regar las tierras que tenía asignadas. Por tanto, hay una acequia madre y otras secundarias que van derivando de la primera y a cada una de las cuales se le asigna un área concreta de riego. Estas toman su parte proporcional de agua de forma permanente y en su seno organizan la distribución del caudal asignado. Los mecanismos o construcciones para repartir el agua son variados e, igual que las mismas acequias, también presentan una cierta gradación según su importancia y el volumen de agua que circula por ellas.

Según su función, los elementos de arquitectura hidráulica utilizados para repartir el agua tanto en las acequias madre como en los brazos principales reciben el nombre de llengües, rolls, files, quadrats o parades y, ya para el riego concreto de las parcelas se usan boqueres y portells.

Sin duda los más importantes son las llamadas llengües, un magnífico ejemplo de partididor de aguas en el seno de una acequia que genera otras dos nuevas. Su nombre tan peculiar se debe a la forma física que adopta este elemento hidráulico ya que consta de un tajamar central de cierta longitud construido dentro del cajero mismo de la acequia con una obra bien sólida de argamasa, grandes piedras y, frecuentemente, sillares de piedra tallada. Este mismo material es el utilizado para los mojones laterales que fijan el ancho de cada brazo de forma permanente y también ha sido general el uso de losas de piedra para el suelo con el objetivo de asegurar las dimensiones y características físicas de estos puntos cruciales de cada sistema. Incluso y para asegurar la

más exacta partición posible del agua entre los dos brazos, es común la existencia de un pequeño salto, el salvat, en el mismo punto del tajamar, para que el agua circule a la misma velocidad por los dos lados.

La finalidad de las lenguas es la de dividir el caudal de agua unitario y continuo que circula por la acequia principal en dos partes proporcionales pero que pueden no ser iguales según sea la ubicación del tajamar en el interior del cajero. La localización de esta piedra angular dentro de la acequia, en la misma dirección del agua corriente, genera después de su partición la existencia de dos nuevos cajeros que discurren casi paralelos en los siguientes metros, tan sólo separados por un espigón central que tiene su origen en el tajamar. En este tramo inicial la espiga central de tierra que queda se acostumbra a reforzar con paredes de mortero o masonería para evitar la erosión.

Sin duda este sistema de partición es el más emblemático de las grandes acequias de las huertas valencianas de origen medieval islámico ya que permiten distribuir cantidades fijas de agua que son asignadas a espacios concretos de riego y además reparten el agua de forma proporcional sea cual sea el caudal total que llega. Tradicionalmente cada una de las dos nuevas acequias se llama brazo o braç, un término que nos ayuda y nos da una idea de la jerarquía del canal secundario cuando el tipo de partididor que ha llegado a nuestros días no es tan claramente desde el punto de vista físico una lengua sino que, por alteración en época contemporánea, se ha podido alterar la forma de tomar el agua o incluso la asignación correspondiente, instalándose por ejemplo compuertas.

Un segundo nivel en los puntos de partición del agua de los sistemas hidráulicos de las huertas valencianas son las derivaciones laterales de cajero, inicio de brazos o filas que ya son usados directamente para regar, no para distribuir proporciones del caudal, y los cuales podían ser "corribles" o no. Los primeros eran los más importantes y, en condiciones normales, siempre estaban abiertos, razón por la cual eran en

la práctica una lengua de dimensiones reducidas. Pensamos que éste debía ser el sistema de partición que daba inicio a las acequias llamadas "files", y también de los canales que tienen el nombre de braç a lo largo del recorrido de las acequias madre o brazos principales, caso de la fila de Campanar de la acequia de Tormos, del braç del Goleró o del braç del Pouet, ambos en la acequia de Petra, y del braç de Guatla, de la acequia de Rascanya, todos ellos en la Huerta de Valencia. El problema es que la documentación o las informaciones orales no son uniformes en cuanto al apelativo usado para algunos de estos partidores, unas veces llamados fila y otras braç, si bien es perfectamente posible que pueda haber cambiado con el paso de los siglos la forma de hacer la partición concreta del agua en el canal.

Una tercera variedad de partididor son los rolls también llamados ulls, que corresponden a una partición de agua fija que pasa por un agujero concreto practicado en una losa de piedra. En principio se trataría de aberturas permanentes, que estaban siempre abiertas y tomaban agua mientras ésta circulara por la acequia de la cual derivaban, generalmente la acequia mare o brazos principales. Pero, a diferencia de los casos anteriores, son bien antiguas las noticias que hablan de la obligación de abrir y cerrar los rolls cuando se acababa el riego de los usuarios de su canal o acequia. Antiguamente esta operación se realizaba con un tapón de hierba y paja, pero ya desde finales del siglo XIX se fueron usando en mayor medida paletas de hierro fundido y, en los últimos años, se han generalizado los tornos metálicos.

En la mayoría de acequias históricas valencianas encontramos estos rolls o ulls, incluso aunque hoy en día el partididor ya no tenga dicha forma constructiva por haber sido substituido por una simple toma lateral dotada de una paleta metálica para abrirla y cerrarla. Por ejemplo en la acequia de Mestalla, en la Huerta de Valencia, han llegado a nuestros días nombres como el roll de Falcó, el roll del molí de Rams o el roll de l'Ullà. En la vecina acequia de Rascanya se encuentran al menos el roll de Caputxins y el roll del Comunet, éste último en su brazo de la Riquera de Alboraià;

mientras que en Tormos tan sólo se encuentran estas denominaciones en su tramo inicial, a su paso por la zona de Quart, Paterna y Benimàmet, y en el tramo final de Carpesa, si bien es verdad que en realidad se trata de partidores de paleta actualmente a los cuales se les denomina indistintamente roll o fila, sin que se ajuste a la descripción que hemos hecho de este tipo de partididor.

Así pues todo indica que hubo una evolución a lo largo de los siglos en el uso de estos términos, cambios que hará falta ir identificando poco a poco, pero también parece intuirse un proceso de "cierre" de los partidores con el paso del tiempo de tal manera que, probablemente a partir del siglo XVII, se produjo una tendencia a eliminar partidores "corribles" o siempre abiertos, probablemente por el aumento de las necesidades de agua.

Desde sus orígenes medievales, el material con el que se construían estos partidores eran las piedras o sillares que se unían con argamasa y que disponían de surcos en los mojones laterales por donde hacer pasar los tablones de madera o costers. Se trataba de una obra sólida que garantizase el buen funcionamiento del sistema y la concordia entre los regantes al evitar en lo posible las alteraciones en el reparto del agua. Con el paso del tiempo y el revestimiento de los cajeros con hormigón, este tipo de partidores es de los que ha sufrido más cambios y modificaciones en su forma y estructura, la cual hoy en día se caracteriza por disponer de paletas metálicas ajustadas a los surcos que tienen las paredes de hormigón. Además, durante el último siglo los partidores que disponen de compuertas de mayor envergadura han sido substituidos por tornos metálicos que facilitan su movimiento y manejo, por lo que actualmente es éste el mecanismo dominante en el recorrido de las acequias y brazales de las huertas.

Por su parte, ya en los tramos finales de las acequias secundarias y para acceder directamente al riego de las parcelas, para regar con el método que se llama regar a barba de séquia, la forma más usual y

tradicional de toma de agua ha sido y es la parada directa hecha en medio del canal, antiguamente de tierra y con la ayuda de alguna pequeña post de madera, aunque hoy en día, con los cajeros revestidos de hormigón incluso en estas pequeñas acequias, se hayan generalizado también los portells de obra.

Un último sistema de partición del agua, o más bien habría que hablar de una forma de captación del agua de la acequia, es el llamado quadrat. Se trata de un sistema peculiar de reparto del agua ya que sigue una pauta diferente a la de los anteriormente mencionados. Su función es la de retener por completo el caudal de agua circulante en una acequia, embasándola hasta que consigue elevarla a una cota de nivel suficiente para poder regar los campos que se encuentran más altos que la acequia —son los llamados alters—. Se trata de los campos que inicialmente no se podían regar por su altura pero que, con el paso del tiempo y algunas concesiones, fueron adquiriendo el derecho a hacerlo. Hay noticia de algunas paradas hace siglos pero los indicios parecen situar su aumento entre los siglos XVIII y XIX, al aumentar la presión sobre la tierra regable alrededor de las grandes ciudades y, generalmente, en beneficio de las oligarquías nobiliarias o burguesas.

Antiguamente se usaban tablones de madera que se encajaban entre dos surcos o ranuras laterales en el cajero de la acequia. Los tablones se llaman costers y eran conservados a la orilla de las acequias. En la época contemporánea y según la importancia de la parada se construyeron casetas en el mismo lugar para guardar los tablones, tal como aún hoy en día se puede observar en algunos lugares si bien ya como un testimonio del pasado porque su uso ha sido eliminado con la generalización de las compuertas metálicas accionadas por tornos. Poner los costers en el interior del cajero de la acequia siempre se ha conocido como fer quadrat y era uno de los trabajos más duros y difíciles que tenían a su cargo los guardas de las acequias que repartían el agua, tanto por las dimensiones de los tablones como por la presión que ejercía la corriente sobre ellos.

Para el siglo XX están documentados cuadrados en algunas de las grandes acequias de la Huerta de Valencia, caso del imponente quadrat de Montcada situado en la acequia y término municipal del mismo nombre. Generalmente están situados en el trazado de las acequias madre, cuando el canal suele ir demasiado hondo para tomar agua directamente y hay que elevarla para regar los campos más altos, los llamados alters. Por eso se trata de una innovación en los sistemas hidráulicos de considerable magnitud y que responde a la capacidad de algún personaje para imponer en la comunidad de regantes una alteración de tal calibre en el curso del agua —ésta queda cortada desde donde se hace el quadrat hacia abajo—, en beneficio en principio particular del dueño de las tierras que así pueden ser regadas.

Otro buen ejemplo de estas paradas y su ubicación en los cajeros de las acequias madre principalmente lo tenemos en la de Favara, también en la Huerta de Valencia. A lo largo de varios kilómetros entre Patraix y los primeros pueblos del sur de la ciudad, alternando con los partidores de los brazos principales de este sistema hidráulico, se documentan varios quadrats al menos desde el siglo XVIII, para regar zonas inmediatas al cajero de la acequia y con extensiones que podían variar pero solían estar entre 10 y 100 hanegadas.

LOS MOLINOS EN LAS ACEQUIAS DE LAS HUERTAS MEDIEVALES

Otro grupo de construcciones que encontramos a lo largo de los recorridos de las diferentes acequias de las huertas medievales valencianas son aquellas que se dedican al aprovechamiento energético del caudal de agua que circula. Se trata de los molinos, generalmente para la moltura de los cereales pero también con una notable diversidad de usos industriales de carácter más puntual.

Es cierto que los molinos no forman parte propiamente de los sistemas de riego; no obstante, en la práctica conforman una arquitectura imbricada estrechamente con las redes de acequias. De hecho, los molinos pueden llegar a alterar el curso natural del agua por las acequias, parándola en el cajero antes de llegar al casal o devolviéndola a la circulación a una cota de nivel más baja después de pasar por los cárcavos. Por tanto, resulta evidente su influencia en el diseño y en la organización de los sistemas de riego, y determina los emplazamientos en el momento mismo de la construcción inicial de los sistemas, así como también el impacto que genera en las acequias el hecho de edificar nuevos casales a lo largo de los siglos. Un molino no podía hacerse allí donde quisiese el constructor, sino en el punto donde no perjudicara gravemente a los regantes, tal como se dice claramente en las donaciones reales de molinos de los siglos XIII a XVIII, y también en la abundante documentación sobre las alegaciones que se presentaban a la concesión de permisos de obra nueva en los siglos XVIII y XIX.

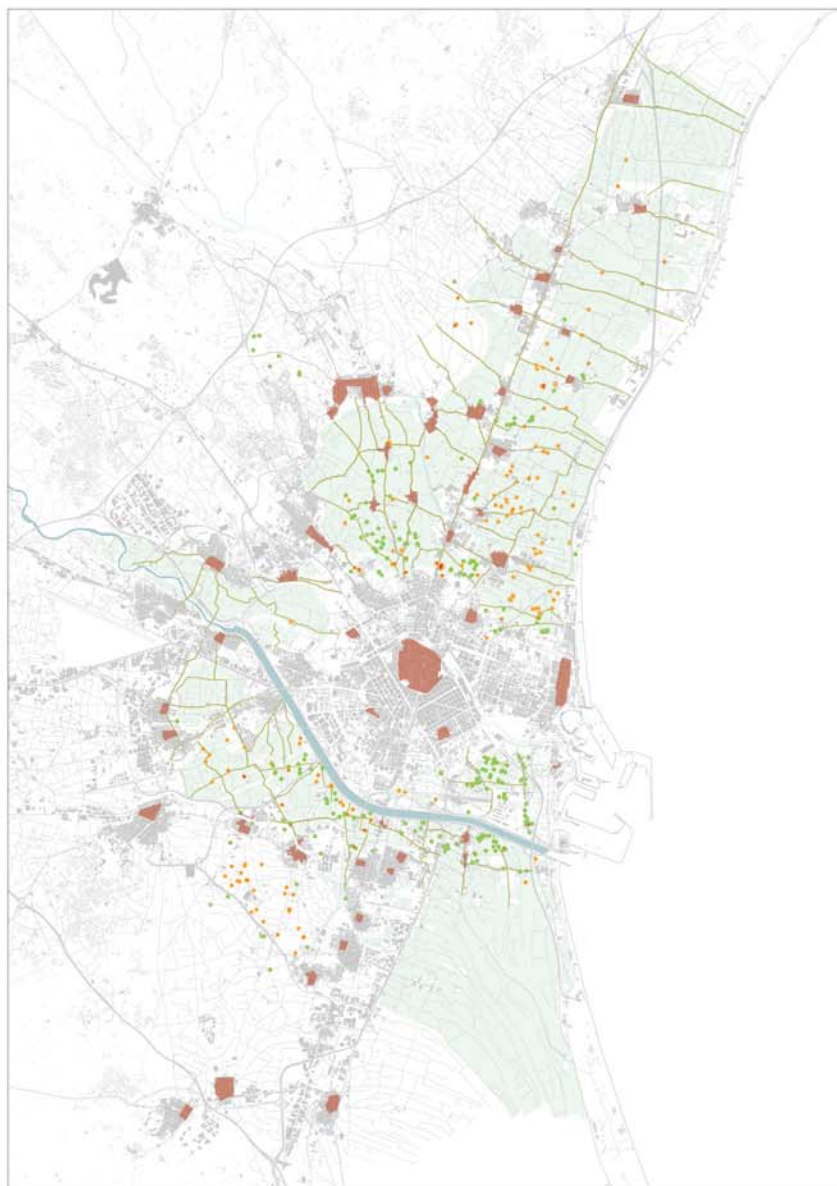
En estos edificios podemos ver una combinación perfecta entre la arquitectura funcional de un espacio de trabajo y la aplicación de la solución técnica más eficaz para transformar la energía hidráulica en fuerza motriz —y que caracterizó las fases previas y los inicios de la industrialización valenciana—. La introducción posterior de la máquina de vapor primero y de la electricidad después han dejado huella en algunas de estas construcciones con la pervivencia, por ejemplo, de algunas altas chimeneas de ladrillo.

El uso energético del agua fue el motor de la industrialización valenciana, incluso en una zona eminentemente agrícola como la de las huertas valencianas. No en vano, la mayor concentración molinera de todo el territorio valenciano se encontraba, durante la época de máximo esplendor en la segunda mitad del siglo XIX, en el conjunto de las ocho acequias de la Vega —las siete del Tribunal más la de Montcada—. A mitad del siglo XIX se inventariaron 158 molinos sobre estas acequias, con una distribución desigual entre ellas: Montcada contaba con 31 artefactos, Favara con 24, Mestalla con 23 y Rascanya tenía 18, mientras que las otras se repartían menos cantidad de molinos: Mislata tenía 8, Tormos y Rovella 7 cada una y Quart-Benàger-Faitanar tan sólo disponía de 4 molinos.

Esta concentración molinera convirtió la Huerta de Valencia en una incipiente zona industrial a mitad de dicha centuria, aunque la importante producción agrícola —cereales y arroz— y las necesidades alimenticias de la gran capital no propiciaron una mayor diversificación del trabajo productivo y fueron puntuales los casos de batanes, molinos papeleros, fábricas textiles y otras aplicaciones. Lo más usual era la dedicación especializada, o bien molino harinero o arrocero, pero no fue extraña la convivencia en un mismo casal de molinos de muelas para cereal y muelas para blanquear el arroz. Y tampoco ha sido extraño que un molino con un uso en unos siglos, fuera reformado y cambiara en otro siglo, caso del Molí Batà de Paterna, un molino para tejidos durante varios siglos, propiedad del gremio de Peraires de Valencia, y que se convirtió en una fábrica harinera a mitad del siglo XIX.

Algunos de estos molinos tienen su origen en época islámica, en paralelo a la construcción de las mismas acequias. No obstante, el uso continuado, las ampliaciones o las reconstrucciones del lugar fan imposible visualizar los restos existentes de esa antigüedad pero, al menos, sí que pervive el emplazamiento que será ocupado por una

construcción cada vez más moderna. En el mejor de los casos, pocos por cierto, ha pervivido la pequeña construcción medieval que, a pesar de todo, tampoco se remonta más allá de los siglos XVI-XVII, y a la cual se le han ido adosando otros edificios de proporciones mucho mayores con dependencias anexas que se van añadiendo hasta el mismo siglo XX. Son un buen ejemplo de este crecimiento adosado antiguos molinos existentes ya en el siglo XIII, como es el caso del molino de la Saïdia o el molino dels Freres, los dos en la acequia de Mestalla, y que hoy en día nos han llegado como un extenso complejo de edificaciones de diversas épocas. En general, los pocos casales que han sobrevivido tienen una arquitectura dominante de los siglos XVIII y XIX, y lo mismo pasa con su maquinaria, renovada muy frecuentemente por las necesidades del trabajo. Las pocas que quedan, caso del molí de la Sal de Burjassot, de Tormos, o la del molino de la Ascensió de Alboràia, de la acequia de Rascanya, son de principios e incluso de mitad del siglo XX.



leyenda

| | |
|---|--|
|  | edificación |
|  | carreteras |
|  | ferrocarril |
|  | hidrografía |
|  | elementos patrimoniales de primer orden |
|  | elementos patrimoniales de segundo orden |
|  | caminos históricos |
|  | núcleos históricos |
|  | regadío histórico vega del turia |

LA RED DE POBLAMIENTO: PUEBLOS Y ALQUERÍAS

En todo caso la conquista cristiana de tiempos de Jaime I provocó, además de la expulsión de los labradores musulmanes de esta zona y el reparto de sus tierras entre los repobladores cristianos, un claro cambio en el poblamiento al ser abandonadas muchas de estas pequeñas alquerías y tan sólo sobrevivir algunas de ellas como pueblos que empezaron a hacerse un poco más grandes. De esta reestructuración, por ejemplo desaparecerían alquerías como las de Algrós, Petra, Soterna, Rajosa o Cassén, las cuales han quedado convertidas tan sólo en nombres de acequias o partidas rurales ya desaparecidas. En cambio otras sobrevivieron y, en general, se han mantenido como poblaciones hasta el siglo XX, hoy en día muchas de ellas ya tan sólo barrios de la ciudad; éste sería el caso de Benimaclet, Orriols, Benicalap, Carpesa, Borbotó, Benimàmet, Beniferri, Campanar, Patraix, Malilla o Russafa.

Poco a poco, a partir de la época bajomedieval, junto a estos pueblos concentrados pero no demasiado grandes, pues oscilaron entre las 40 y las 150 familias,

fueron apareciendo casas dispersas a lo largo de los caminos y en las mismas parcelas de cultivo. Son las alquerías que todos conocemos como casas aisladas y situadas en medio de la huerta, pero que durante mucho tiempo tuvieron dos grandes categorías; por un lado la barraca o pequeña casa de los labradores, muy sencilla y a veces situada a la orilla de los caminos de la huerta sin llegar a formar una calle pero sí a lo largo de ellos. Por otro, la alquería propiamente dicha de los siglos XIV a XVIII, claramente menos numerosa que las anteriores y formada normalmente por un conjunto de edificios para vivienda y usos agrícolas, propiedad de algún ciudadano, institución eclesiástica o noble, y que en algunos casos llegó a tener un claro empaque arquitectónico, como pueden ser los casos, muy deteriorados hoy en día, de la alquería del Moro, en Benicalap, o la alquería Fonda, al lado del camino de Montcada.

Si conviene señalar que el crecimiento importante de

Proyecto

PLAN DE ACCIÓN TERRITORIAL DE PROTECCIÓN DE LA HUERTA DE VALENCIA

Plano

[2.1_2] RED DE POBLAMIENTO HISTORICA

0 m 3000 m 9000 m 15000 m



E. 1/150.000

población en la huerta de Valencia se produjo sobre todo entre finales del siglo XVIII y el siglo XX, lo cual llevó a una dinámica de progresiva parcelación de los campos en unidades cada vez más pequeñas y a la proliferación de viviendas diseminadas en la huerta. Ello conllevó la convivencia de hasta tres tipos de construcciones dispersas; por un lado las viejas alquerías señoriales o de propietarios burgueses, muchas de origen medieval, y que destacaban por sus dimensiones e instalaciones complejas pues reunían tanto la residencia de los amos como albergues y habitaciones para los arrendatarios y las bodegas, almacenes o prensas para el vino.

Junto a ellas a lo largo del siglo XIX se fueron construyendo alquerías no tan grandes pero también con ciertas dimensiones para atender a las necesidades agrícolas y de animales de una explotación agraria de cierta entidad. Son las casas de los labradores más ricos, construidas en ladrillo y normalmente dotadas de un piso superior. Pero junto a ellas en los dos últimos siglos la huerta de Valencia también se fue llenando con pequeñas casas y, sobre todo, barracas para los arrendatarios y labradores más pobres, construcciones más sencillas y, sobre todo, más baratas, útiles por tanto para responder a la demanda de vivienda de una población que creció de forma rápida durante el ochocientos y primera mitad del siglo XX.

Así pues, frente el tópico tan extendido de una huerta caracterizada por esta última vivienda popular, conviene que valoremos que la evolución de las épocas más recientes ha estado caracterizada por esta diversidad de formas de habitación –pueblo y casa dispersa–, y también por las tipologías constructivas relacionadas generalmente con la clase social que las poseía y habitaba.

LAS REDES DE COMUNICACIÓN: CAMINOS HISTÓRICOS DE LA HUERTA

En cuanto a la red viaria histórica de la Huerta de Valencia está vertebrada en gran medida por una serie de ejes radiales básicos que partían de la ciudad medieval tanto hacia el norte como el oeste y el sur. Es ésta una imagen que se puede ver y entender bastante bien en los planos históricos de la ciudad y su huerta de principios del siglo XIX, grabados con motivo de las guerras Napoleónicas.

En su mitad norte destaca sin duda un eje de comunicación fundamental, el camino de Morvedre o en tiempos modernos carretera vieja de Barcelona, el cual durante la época medieval y moderna tuvo la categoría de camino real. Este fue el eje fundamental de circulación, a lo largo del cual se iban sucediendo las antiguas alquerías musulmanas y después los pueblos y municipios medievales los cuales, en general, han sobrevivido hasta nuestros días. Partiendo del pie del puente de Serranos, desde época bajomedieval hasta el crecimiento urbano del siglo XIX, este camino tuvo un primer tramo que llegaba hasta la actual esquina donde empieza el camino de Montcada y que fue considerado calle de Valencia durante siglos. En la mayor parte de su recorrido existían casas a ambos lados, así como varios edificios religiosos –el convento de Sant Julià, el hospital de Sant Llützer–, pero prácticamente no había calles transversales y enseguida empezaban los campos. A partir del camino de Montcada estos ya limitaban con el propio camino real o se encontraban a poca distancia de él, sucediéndose las pequeñas poblaciones de Orriols, Tavernes Blanques, Almàssera, Bonrepòs, Meliana, Foios, Albalat dels Sorells, Albuixec, Museros, Massalfassar, Massamagrell, Poble de Farnals, Rafelbunyol, El Puig y Puçol.

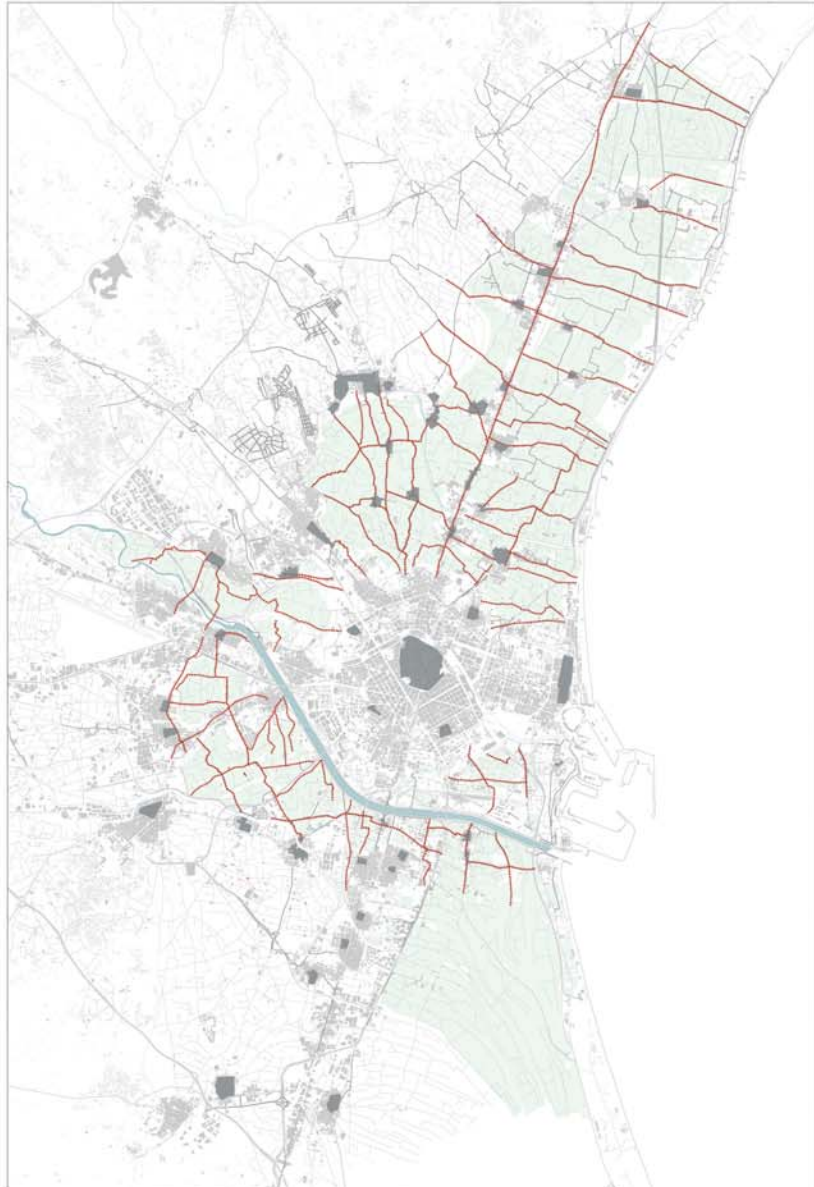
A lo largo de este eje, y en la parte más cercana a la ciudad de Valencia, la red histórica de comunicaciones se caracterizó por la forma radial de distribución y circulación, destacando algunos de los itinerarios caso del camí vell d'Alboraià, el camí vell de Benimaclet,

el camí vell del Grau, el camí d'Algirós, el camí vell del Cabanyal, el camí de Montcada y el camí vell de Godella, el camí de Burjassot, el camí vell de Llíria, el camí vell de Paterna o el camí de Campanar.

En cuanto a la gran huerta de la Acequia de Montcada al norte del barranco del Carraixet, la trama de caminos fundamental a nivel histórico es el citado eje del camino real a Sagunt, del cual partían en forma de espina a un lado y otro los ejes perpendiculares de circulación, destacando entre ellos los sucesivos y repetidos “camins de la mar” de casi todas las localidades de la zona, desde Alboraià hasta Puçol pasando por Meliana, Foios, Albalat dels Sorells, Albuixec, Massalfassar, Massamagrell, La Poble de Farnals y El Puig.

Por su parte, la mitad sur de la huerta y con punto inicial en su casco viejo presenta una imagen bastante parecida a la anterior pero quizá con dos ejes fundamentales en vez de uno. Se trata del camí real de Xàtiva, también llamado desde hace siglos camí de Sant Vicent (de la Roqueta) y en épocas más modernas y en su trazado pasado este convento, carretera real de Madrid. Como es bien sabido es la ruta directa hacia el sur y, a lo largo de su trazado, se fueron consolidando pueblos como Benetússer, Alfafar, Massanassa, Catarroja o Albal.

El otro camino-eje viario vertebrador es el camí de Quart o Quart-extramurs, convertido a partir de Mislata en camí de Castella en las épocas más antiguas y también en carretera real de Madrid en las más recientes. Era uno de los ejes fundamentales de circulación de la ciudad hacia el oeste y, en su entorno más inmediato, permitía el acceso a los campos y alquerías de la ciudad situados en la primera parte de la acequia de Rovella así como a las alquerías un poco más alejadas, caso de Soterna y Xirivella por un lado, y de la propia Mislata y Quart de Poblet en la zona más cercana al río Turia.



En un segundo plano aunque también jugando un papel vertebrador de toda la huerta sur de la ciudad hemos de contabilizar otros cinco caminos históricos que también presentaban esta forma radial que es general en la huerta. De oeste a este podemos individualizar el camí de Torrent, el camí vell de Picassent, el camí de Malilla, el importantísimo camí de Russafa y, por último, el camí de Monteolivet, el más cercano al río por el este.

Conviene no olvidar, con todo, que en una escala inferior a estos se encuentran toda una serie de caminos secundarios que comunican entre sí los más inmediatos de los anteriores así como las abundantes sendas que permiten acceder a las parcelas concretas para su cultivo. Además es usual que los márgenes de las acequias, especialmente de los tramos de mayores dimensiones, sean usados como caminos de paso, por lo que el espacio de la huerta acababa por disponer de una bien compleja y extensa red de circulación jerarquizada en importancia.

De hecho uno de los problemas de movimiento en la huerta fue el continuo entrecruzar de caminos y acequias, lo que obligaba a la construcción de puentes en los de mayor entidad. Hay que tener en cuenta que los canales de las acequias madres, de Mestalla o de Rascanya especialmente por su mayor volumen de agua, llegaban fácilmente a anchuras de siete y ocho metros durante los largos siglos en que sus cajeros fueron de tierra endurecida. Es por ello que los puentes se convirtieron en un elemento imprescindible y, desde el siglo XIV, en la Sotsobreria de Murs i Valls del consejo municipal de la capital valenciana, se conservava la documentación de las periódicas reparaciones en los situados por los caminos reales así como en alguna de sus derivaciones principales. En cambio, en los brazales secundarios, la circulación de personas se solventaba frecuentemente mediante losas alargadas de piedra o, simplemente, un tablón cruzado, tal como ha sucedido hasta épocas muy recientes. A fin de cuentas, pues, una pequeña arquitectura hidráulica, normalmente poco monumental pero en cambio absolutamente imprescindible para la vida cotidiana de la huerta durante todos estos siglos.

leyenda

-  edificación
-  carreteras
-  ferrocarril
-  hidrografía
-  caminos históricos
-  núcleos históricos
-  regadío histórico vega del turia

Proyecto

PLAN DE ACCIÓN TERRITORIAL DE PROTECCIÓN DE LA HUERTA DE VALENCIA

Plano

[2 1_3] RED DE COMUNICACION HISTORICA

0 m 3000 m 9000 m 15000 m



E. 1/150.000

2.1.5. INVENTARIO DE PAISAJES Y ELEMENTOS CULTURALES DE LA HUERTA DE VALENCIA

Si el paisaje histórico de la Huerta de Valencia fue en su génesis medieval y durante siglos un territorio homogéneo vertebrado por los sistemas hidráulicos de las grandes acequias en primera instancia, y complementado por los lugares de poblamiento y las vías de circulación en segundo término, es evidente que hoy en día dicho paisaje histórico se ha roto en muchos y diversos fragmentos. Esta realidad es la que nos hace valorar la existencia de diversos ámbitos en la Huerta de Valencia, diversos territorios o espacios caracterizados por elementos peculiares y/o particulares de cada uno de ellos.

Pero para comprender y poder evaluar a continuación el significado histórico y patrimonial de las diversas zonas que quedan hoy en día de la Huerta de Valencia, es necesario guiarse en primer lugar por el sistema hidráulico al que pertenece tal o cual espacio de huerta. Las unidades territoriales que conformaban dichos sistemas son las células básicas que dibujaron y organizaron dicho paisaje, más allá de que actualmente una parte de ellas, a veces muy considerable, haya sido fragmentada o casi condenada a la desaparición.

Así pues, teniendo en cuenta ambas cuestiones, homogeneidad de cada uno de los ocho sistemas hidráulicos históricos de la Huerta de Valencia y realidad territorial actual, producto del crecimiento urbano y de las grandes infraestructuras, hemos procedido a dividir la Huerta en veinte paisajes o unidades a estudiar, explicar y evaluar en sus principales características desde el punto de vista histórico y patrimonial. Para ello hemos procedido a describir sucintamente su localización geográfica y a explicar sus orígenes históricos; seguidamente se analizan sus características espaciales a través del estudio de sus unidades hidráulicas, la red de poblamiento, la red viaria histórica y los principales elementos de la arquitectura patrimonial relacionada con el agua. Finalmente se dedican dos entradas a resumir el estado actual de dicha unidad de huerta y a enumerar sus principales valores patrimoniales.

En total se han redactado veinte fichas de unidades de huerta desde el Puig hasta Albal, de cada una de las cuales se acompañan unos planos básicos con su delimitación, caminos históricos y localización de los principales elementos de arquitectura hidráulica, así como algunas fotos actuales de la realidad de su paisaje. Son las siguientes:

- U.P. 1: Huerta de Montcada-extremales
- U.P. 2: Huerta de Montcada-zona final
- U.P. 3: Huerta de Montcada-zona central
- U.P. 4: Huerta de Montcada-acequia madre
- U.P. 5: Huerta de l'Arc de Montcada
- U.P. 6: Huerta de Alboraiia-Almàssera
- U.P. 7: Huerta de Sant Miquel dels Reis
- U.P. 8: Huerta de Petra
- U.P. 9: Huerta de Burjassot-Borbotó-Carpesa (Tormos)
- U.P. 10: Huerta de Campanar-riu vell
- U.P. 11: Huerta de Manises-Paterna
- U.P. 12: Huerta de Quart-Aldaia
- U.P. 13: Huerta de Xirivella
- U.P. 14: Huerta de Benàger
- U.P. 15: Huerta de Rovella-Francs
- U.P. 16: Huerta de Mislata-Andarella
- U.P. 17: Huerta de Faitanar
- U.P. 18: Huerta de Favara
- U.P. 19: Huerta de Castellar-Oliverar
- U.P. 20: Huerta de la Séquia de l'Or-arrossars de l'Albufera

Este inventario se adjunta en forma de anexo a la presente Memoria.

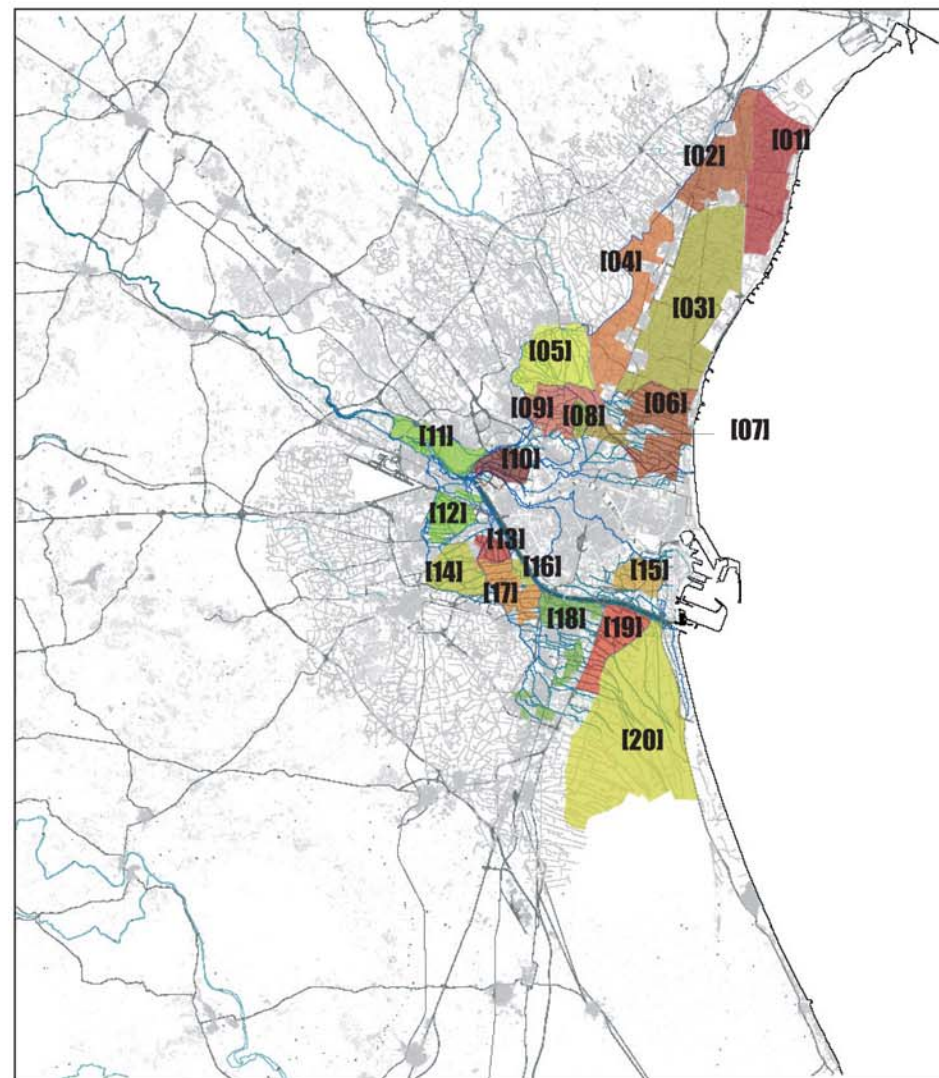


FIGURA 2.1-6: Mapa de unidades homogéneas de patrimonio
 Fuente: Enric Guinot.
 Elaboración: equipo redactor.

